

3340

CAMPAÑA

DE

ANDALUCÍA EN 1808

POR EL COMANDANTE, CAPITÁN DE E. M.

D. FRANCISCO GOMEZ JORDANA.



MADRID.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.

1883.

BDL-3200
ML-R-113-C
1883/11

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR



SERVICIO HISTORICO

EJERCITO ESPAÑOL

Inscripción

Clasificación

Colocación

Sala

Estante

Tabla

Núm.

12
4
1.883
-111-

1883

1111

CAMPAÑA

DE

ANDALUCÍA EN 1808

POR EL COMANDANTE, CAPITÁN DE E. M.

D. FRANCISCO GOMEZ JORDANA.



MADRID.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.

1883.

Subdivision.

Estante . . .	36
Tabla . . .	1 ^a ff. 1 ^a
Número . . .	3356

CHITRA

CHITRA BY 1808

CHITRA

CHITRA

CHITRA

CHITRA

CHITRA

CHITRA



PRIMERA PARTE.

ESTADO DE ESPAÑA EN MAYO DE 1808, Y CAUSAS QUE LA CONDUJERON Á TAL EXTREMO.

Habíanse verificado ya los infaustos acaecimientos del Dos de Mayo. El pueblo que en otro tiempo asombrara con sus proezas y aventuras á los habitantes de todas las regiones del antiguo continente, y á los de aquellos países que allende los mares supo conquistarse vertiendo á torrentes sangre generosa, había sido ultrajado, escarnecido y vilmente asesinado en las calles de Madrid, por las aguerridas tropas del tirano ante el cual temblaron todos los soberanos de su época, de aquél á cuyo deseo se conmovieron los tronos mejor afianzados, y que desmoronando imperios, arrebatando cetros y distribuyendo estados, presentábase como el apostol que había de hacer brillar en Europa, los fulgorosos resplandores de la civilización y del progreso. España despertaba del sueño en que permaneció sumida durante largo tiempo, y renaciendo súbitamente en sus hijos el vigor y entusiasmo distintivos de su raza, decidiéronse á lavar la mancha que había osado imprimir en ellos el Gran Capitán del siglo diez y nueve. Jamás pudo imaginar

aquel hombre extraordinario, que de un pueblo á quien los franceses habían impuesto recientemente un tratado como el de Basilea, después de desastrosa campaña, y á quien juzgaba indigno de su atención, había de surgir la nube que eclipsara el sol de sus victorias, oscureciendo su nombre hasta quedar casi olvidado, cuando daba cuenta á Dios de su conducta, en lugar apartado de la patria á quien impuso su ambición inmensos sacrificios.

El león de España había sido herido por las armas francesas; y en su ciego furor, ocasionó aquel sangriento episodio, aquella magnífica epopeya, terminada en los campos de Bailén el 19 de Julio de 1808. Las águilas vencedoras en Jena, Eylau, Marengo, Friedland y Austerlitz quedaron humilladas; y alzando su altanero vuelo con no tanto vigor como otras veces, fueron allende el Pirineo á postrarse silenciosas y abatidas ante el trono del que soñaba entonces ser rey del Universo.

No bien hubo terminado el cañoneo en aquel sangriento y memorable día; apenas se extinguió el ruido de los disparos dirigidos á los infelices que en la noche del 2 de Mayo fueron brutalmente asesinados en el sitio donde se alza el obelisco de este nombre, cuando llegando al corazón de todos los españoles los ayes lastimeros de aquellas inocentes víctimas inmoladas á la perfidia francesa, escucháronse en todos los ámbitos de la nación gritos sagrados de independencia y venganza.

Desaparecieron de repente los diferentes partidos en que España se hallaba dividida; no hubo profesión, clase, edad ni traba alguna que contuviese el desbor-

damiento de las pasiones públicas: sacerdotes, preladados, nobleza, pueblo, comerciantes, labradores, artesanos, jornaleros, todos en admirable consorcio se aprestan á la lucha, olvidándose en su frenético entusiasmo de las diferencias que en los instantes de calma separan al noble del plebeyo, al sabio del ignorante, al militar del sacerdote.

No era el alzamiento fruto de plan preconcebido, ni obedecía tampoco á las decisiones de un centro regulador; la iniciativa individual suplía ventajosamente, sin embargo, esta falta de método, y todos pensaban de igual modo, dirigiéndose al mismo fin, con igual brío, y es que todos experimentaban igual pena ante el ultraje recibido.

Nombráronse juntas de armamento y defensa en todas las provincias. La de Asturias declaró la guerra á Napoleón á propuesta del célebre economista Lopez Estrada. Envió á Inglaterra una comisión compuesta de D. Angel de la Vega y el Vizconde de Martarrosa para solicitar el apoyo de aquel gobierno, el cual le facilitó cuantiosos vestuarios y armamentos.

Santander, León, Galicia, Segovia y Logroño, se aprestan á la lucha y llegan á reunir también considerable número de hombres, recibéndose en el tercero de los citados puntos grandes auxilios de la Gran Bretaña, á instancias de la comisión que llegó allí demandando protección y apoyo.

Los hijos del Mediodía revélanse de igual modo llenos de ese ardor y entusiasmo precursores de la victoria, como si presintieran que bajo el tibio ambiente de aquella región privilegiada se había de sellar el tratado que devolviese á la nación su anhelada inde-

pendencia. Aquellos escarpados montes engalanados siempre con la fresca verdura de una vegetación lozana; aquellos ríos enrojecidos todavía con la sangre vertida en sus orillas por los defensores de la libertad de España; aquellos aromáticos naranjos y elevadas palmeras testigos de acaecimientos más grandes que la belleza de su purísimo cielo, y ese encanto místico que en los instantes de peligro produce el arrobamiento de todos los que han nacido bajo la influencia de aquel sol abrasador, invitan á la lucha, y encendiendo la sangre, la impregnan del gratisimo perfume exhalado por las pintorescas tintas con que se representan en los collados y valles las múltiples producciones de la naturaleza.

Allí, en aquellas feraces campiñas, entrega Boabdil las llaves de Granada á unos reyes que van en representación del pueblo á cerrar con ellas las puertas de la patria, y allí, también, Dupont entrega las banderas victoriosas de Francia, á otro pueblo que va con ellas á obstruir los pasos que un monarca inexperto les facilitara. Y en medio del raro contraste de estas dos generaciones separadas por 316 años, podemos enorgullecernos al pensar que no aparece menos grande aquel pueblo representado por sus reyes, que este otro corrigiendo los errores debidos á la falta de previsión de su gobierno. Ambos caminan hacia un fin común, aunque con miras muy distintas en su marcha: representan los unos la creencia antigua apenas vislumbrada ya entre las tinieblas, el otro la nueva idea que germinando entonces, había de inundar muy pronto los ámbitos de la Península. Pero dejemos á un lado extrañas consideraciones, y volvamos nuevamente á la sublevación de España.

Instituyóse en Sevilla una Junta con el título de Suprema de España é Indias, arrogándosese tratamiento de Alteza, la que dispuso se creasen otras dependientes de la principal, en todos los pueblos que excediesen de 2.000 vecinos. Procedióse con gran actividad en lo concerniente á recluta y armamento, y bien pronto la cifra de aquel ejército voluntario, vióse aumentada con 9.000 hombres de tropas regulares, merced á la adhesión de D. Francisco Xavier Castaños, comandante general del Campo de Gibraltar, nombrado por la Junta general en jefe del ejército que se estaba organizando. Sevilla declaró la guerra á Francia en 6 de Junio, cayendo en nuestro poder la escuadra francesa anclada en el puerto de Cádiz, compuesta de cinco navíos y una fragata, cuyo acontecimiento despertó gran entusiasmo entre los españoles.

Granada se sublevó por su cuenta, reuniendo un gran número de hombres, á cuyo frente se puso el gobernador militar de Málaga D. Teodoro Reding, encargándose de organizar la fuerza el brigadier don Francisco Abadía, después jefe de E. M. del citado general. La Junta que se formó, independiente de la de Sevilla, declaró también la guerra á Bonaparte.

Sublévase Badajóz, que llega á reunir 20.000 hombres; y las provincias de Levante deseosas de no marchar á la zaga de las otras, lanzan también el bélico grito de independencia. Murcia, Cartagena, Villena y Valencia dispónense á la lucha, y hasta tal punto crece la efervescencia del pueblo, que en la última de las citadas poblaciones, un pobre vendedor de pajuelas, Vicente Domenech, haciendo con los girones de su faja algunas banderas, se pone al frente de la plebe llevan-

do como emblema de sus ensueños el retrato de Fernando VII y una estampa de la Virgen. Llega así á la plaza del mercado, y, encaramándose en una silla, le declara la guerra á Napoleón en estos términos: *Un pobre palleter li declara la guerra á Napoleón: viva Fernando VII, y muiguen els traidors.* Cuadro singular, ante el cual aparece sin colorido alguno el de Massianiello en Nápoles.

Zaragoza, aquella ciudad que tantos lauros había de conquistar para la patria, apresta también sus tercios conforme á la antigua usanza; y los descendientes de aquellos héroes que asombraron al mundo humillando el poderío de los turcos en Tiría y en el monte Tauro, ansiosos de probar de inequívoca manera su decantada bravura lanzan el grito de independencia, eligiendo para que los mande á Palafox, que después había de inmortalizar su nombre con la heroica defensa de esta plaza.

Tortosa, Lérida, Villafranca, las Baleares y Canarias imitan el ejemplo de las demás poblaciones; y allí donde existe un español, por apartado que esté de los demás ciudadanos, pronúnciase con fé el santo nombre de la patria.

Grandioso espectáculo ofrece el pueblo español de aquella época. No en vano historiadores coetáneos lo describen grande; que si en los tiempos antiguos nuestros padres lucharon ocho siglos para arrojar á los moros de sus lares, sus hijos inspirándose en los recuerdos de un pasado venturoso, no se arredraron ante la aureola de gloria que rodeaba al nuevo César del mundo, y expulsaron sus tropas del suelo patrio con insólito valor é inconcebible constancia.

Y no eran aquellos tiempos por desgracia más venturosos que los que ahora atravesamos, pues las rivalidades concitadas entre los partidarios de Carlos IV capitaneados por Godoy, y los del príncipe de Asturias, á cuyo frente figuraba el canónigo Escoiquiz, que en su loca ambición habíase forjado el proyecto de ser un Richelieu ó un Cisneros, venían desde muy antiguo debilitando á la nación y despertando enemistades, que habían de ser después causas de nuevos males.

Muerta la esposa de Fernando, María Antonia de Nápoles, opuesta á que las miras de los partidarios de su esposo se dirigiesen á Napoleón, por ser ella agente en Madrid de su madre Carolina, enemiga irreconciliable de Bonaparte y aliada de Inglaterra, no se dudó un momento en la conveniencia de atraerse la voluntad de aquel héroe, que consideraban como auxiliar poderoso para decidir el resultado de su causa. Excitábales también á proceder de este modo, la política seguida por el de la Paz, quien trataba de tomar parte en la liga de las potencias del Norte contra Francia; y dispuestos á poner en práctica sus designios, entraron en negociaciones con Napoleón para que concediese á Fernando por esposa á una princesa de su familia, dirigiéndole el de Asturias una carta, y otra al embajador Beauharnais, todo á instancias del canónigo que era el autor de la intriga.

Mas como quiera que los triunfos conseguidos por Napoleón en Prusia, obligaban á Carlos IV y á Godoy á humillarse ante el vencedor de Jena, decidieronse á conseguir su amistad; y á la vez que procuraba el favorito atraerse al partido de Fernando, pa-

ra que no le molestase en las ambiciosas miras que pretendía realizar con aquél, ponía en práctica el proyecto de solicitar una princesa de la familia de Napoleón para Fernando, como los partidarios de éste habían efectuado en 11 de Octubre de 1807.

Viéndose Bonaparte solicitado por los dos personajes principales de la nación, y sabedor como era de las miserias que affligían á nuestra patria, debió considerar como cosa fácil la realización de cualquier proyecto respecto á España, bien para crearse un aliado sumiso y obediente en Fernando, protegiendo sus miras, bien para destronar á los Borbones y dominar en nuestra patria.

Era Napoleón excesivamente previsor, y su conducta arreglada casi siempre á las circunstancias y exigencias del momento, más que á los principios de un plan preconcebido, encontraban sin embargo pronto auxilio en las determinaciones que de antemano, é intuitivamente, habían preparado el desenlace de los acontecimientos. En la ocasión presente, tal vez con objeto de realizar más fácilmente sus miras, volvió á entablar negociaciones con Godoy respecto á la división de Portugal, en una de cuyas partes, el favorito, había concebido el proyecto de ceñirse la corona.

Dispuso Napoleón, para desarrollar su plan, pasar una nota al Gobierno portugués ordenándole que prescindiese de la alianza con Inglaterra, y como quiera que la contestación no le satisfizo, en ella encontró mérito para declararle la guerra aliado con España, arreglándose las condiciones de la expedición en el tratado de Fontainebleau, firmado en 27 de Octubre de 1807.

Consignábase en dicho documento, entre otras cosas, que un cuerpo de tropas francesas de 25.000 hombres, entraría en España dirigiéndose á Lisboa, uniéndosele otro de 8.000 españoles y 3.000 caballos, con 30 piezas. Decíase también, que un cuerpo francés de 40.000 hombres, se reuniría en Bayona, á más tardar en 20 de Noviembre para estar dispuesto á entrar en España y transferirse á Portugal, si los ingleses enviaban refuerzos. Este cuerpo, no entraría en España, sin embargo, hasta que las dos altas potencias contratantes, no se hubieren puesto de acuerdo para ello.

Por otra parte, se consignaba también, que una división de 10.000 españoles tomara posesión de la provincia de Entre-Duero y Miño y de la ciudad de Oporto, mientras otra de 6.000 se apoderaban de la provincia de Alentejo y del reino de los Algarbes.

Analizados los puntos principales que abraza el contenido de los citados artículos, se descubren desde luego en el tratado dos miras que tienden á demostrar las intenciones de Napoleón respecto á España; son á saber: 1.^o apartar de la nación el mayor número de fuerzas posible, pues además de las que hemos citado, ya antes se había llevado á cabo el envío de tropas españolas al Norte mandadas por el marqués de la Romana; 2.^o dejar abierta la frontera del Pirineo, y poder después, mediante un pretexto cualquiera, introducir en la Península lo más florido de su ejército.

Que Napoleón no obraba con sinceridad al redactarse el tratado, se justifica por el hecho de haber ordenado á las primeras fuerzas francesas atravesar la

frontera nueve días antes de firmarse éste; por el decidido empeño de no permitir su publicación á pesar de las instancias de nuestro gobierno para ello, y por la conducta seguida con nosotros en lo sucesivo.

Casi coincidiendo con las negociaciones del tratado, verificóse un suceso que indudablemente debió contribuir mucho á modificar los planes de Napoleón respecto á España.

Instigado por la Reina y a consecuencia de un anónimo recibido por el Rey, donde se le anunciaba que el Príncipe tramaba una conspiración con objeto de destronarle y atentar contra la vida de su augusta esposa, se decidió á penetrar en el cuarto de su hijo, so pretexto de regalarle un tomo de las poesías que en honor á la brillante defensa de Buenos Aires se habían publicado. Los papeles ocupados evidenciaban la verdad de cuanto en el anónimo se expresaba, pues entre otras cosas, encontró una carta sin sobrescrito, fechada aquel mismo día (23 de Octubre), ordenando que todo estuviese dispuesto, así como las proclamas; y que si estallaba el movimiento, cayese la tempestad solamente sobre Sisberto y Goswinda (Godoy y la reina María Luisa), procurando atraer á Leovigildo (Carlos IV), con vítores y aplausos.

A consecuencia de las revelaciones de Fernando, asegurando haber estado en negociaciones secretas con Napoleón por medio de Beauharnais, escribió Carlos IV á aquél una carta, valiéndose de nuestro representante, príncipe de Masserano, en la cual se quejaba de las negociaciones entabladas clandestinamente con su hijo. Tal disgusto produjo esto en el Emperador, que después de mil protestas y suposi-

ciones sobre si la intriga sería fruto de alguna maquinación de Inglaterra, concluyó diciendo que incluir su nombre en aquel asunto, era una ofensa que exigía la reparación debida al decoro del imperio.

Pero como las negociaciones descubiertas con Napoleón, así como las tropas introducidas por éste en España antes de la ratificación del tratado, juntamente con el partido que á pesar de todo tenía el Príncipe, decidieron á Godoy á aconsejar á Carlos IV el perdón de su hijo, el Emperador quedó tranquilo por la cuestión de España, y pudo fijarse en Italia, á donde emprendió la marcha al día siguiente, dirigiéndose á Milán.

Advirtió sin embargo á Dupont, antes de partir, que lo tuviese todo dispuesto para penetrar en España á fines de Noviembre, con el segundo cuerpo de la Girona, enviando á Madrid á su gentil hombre Tournon, para averiguar el partido que tenía en el pueblo el Príncipe de Asturias, así como Carlos IV, y el de la Paz. Al mismo tiempo, trasmitía por conducto del ministro Champagny instrucciones á Izquierdo, agente en París de Godoy, en las que exigía no se hiciese referencia alguna de su nombre, considerando lo contrario como una ofensa digna de venganza. Encargaba la fiel observancia de lo estipulado en el tratado del 27 de Octubre, advirtiéndole que toda disculpa ú omisión, la juzgaría como infracción del mismo.

Las exigencias anteriores, con las que se proponía, sin duda, ganar tiempo intimidando al gobierno español, obligaron al rey á dirigirle una carta dándole todo género de explicaciones y seguridades de que nunca

se entibiaría la buena amistad entre ellos; pero á pesar de todo, no se pudo conseguir de él la ratificación del tratado ni la separación de Beauharnais de nuestra corte, en tanto que los representantes de España recibían cada día nuevos desaires en París.

Junot, situado en Salamanca, recibió orden ejecutiva de penetrar en Portugal, aun cuando no tuviese provisiones, pues según la soberana disposición, un ejército de 20.000 hombres podía vivir en todas partes, aun cuando fuese en el desierto.

Las tropas francesas llegaron á Alcántara donde se les unió el general D. Juan Carrafa, penetrando en territorio portugués el 19 de Noviembre, y llegando la vanguardia el día 23 á 25 leguas de Lisboa, hasta cuya fecha no se supo en aquella corte la violación de la frontera. Poco tiempo después de llevarse á cabo estos movimientos, nuestras tropas, al mando de los generales Solano y Taranco, penetraban en el Alentejo y se enseñoreaban de la provincia de Entre-Duero y Miño, destinada á indemnizar la casa de Etruria.

Los príncipes portugueses partieron de Lisboa en dirección al Brasil el 29, y á la mañana del siguiente día penetraba Junot en la capital, donde proclamó á Napoleón, exigiendo una contribución de 404 millones de reales, cuya cantidad y el producto de los bienes confiscados, fueron trasladados á Francia con algunos miles de soldados portugueses y una diputación encargada de felicitar al Emperador como su legítimo soberano.

En tanto que tales cosas pasaban en Portugal, llevábase á efecto el destronamiento de la reina de Etruria por Bonaparte; y siguiendo éste su política tortuo-

sa, ordenaba á Dupont penetrar en la Península con 24.000 infantes y 3.500 caballos, faltando así abiertamente á lo estipulado en Fontainebleau, por haber tomado esta determinación sin anuencia de nuestro gobierno.

El 22 de Diciembre llegaba dicho general á Irún, situándose en Valladolid en los primeros días de Enero, y el 8 del mismo mes cruzaba la frontera al mando del mariscal Moncey otro cuerpo titulado de observación de las costas del Océano, el cual se dirigió á Castilla. Y como si todos estos acontecimientos no fuesen suficientes para despertar la desconfianza en el pueblo y su gobierno, al parecer dormidos, lanzábase la especie en el *Monitor de París*, el 24 de Enero, de que con motivo de las expediciones secretas á los mares de Cádiz, proyectadas por los ingleses, el Emperador se veía obligado á fijar su atención en toda la Península.

Esta noticia, que sin duda alguna tenía por objeto explorar los ánimos de los españoles, fué bien pronto confirmada por la realidad de los hechos, y los franceses siguieron penetrando impunemente en nuestro suelo, á la sombra de un tratado que no entraba en sus miras respetar.

El general D' Armagnac atravesó con tres batallones la frontera por Roncesvalles, apoderándose el 17 de Febrero de la ciudadela de Pamplona, merced á una estratagema tan indigna como la empleada después por Duhesme (que había atravesado con su división el puerto de la Junquera), para apoderarse de la ciudadela de Barcelona, el 28 del mismo mes. Así mismo procedió el coronel Piat para hacerse dueño

de San Fernando de Figueras, y el general Thouvenet de la plaza y castillo de San Sebastián de Guipúzcoa.

Como se vé, Napoleón, no sólo había conseguido introducir en España lo más florido de su ejército, sino que sin encontrar la más pequeña resistencia, sin efusión de sangre, había asegurado sus comunicaciones con Francia, era dueño de excelentes plazas que podían favorecer el desarrollo de sus planes en lo porvenir, y, en una palabra, podía considerarse como dominador de la Península Ibérica.

No es de extrañar en manera alguna, que un hombre de la desmedida ambición de Bonaparte, á quien en todas las campañas le había sonreído la fortuna, siendo árbitro además de los destinos de Europa, fijase su atención en nuestra patria, y, si se quiere, dados los vicios y miserias de la sociedad española, pensase en sacar aquel pueblo altivo y generoso, como dice Thiers, de la abyección en que yacía, merced al proceder indigno de una corte incapaz y envilecida. Pero las artes viles empleadas para lograrlo, la alevosía y el dolo con que supo burlar la buena fé de nuestros gobernantes y la sencillez de un pueblo, incapáz por su misma grandeza de imaginar tan grandes males, son hechos que empañan la gloria de quien hasta entonces había sido digno de su fama.

Vió al principio el gobierno aquel movimiento de tropas como una consecuencia de sus planes de invasión á Portugal, mientras el pueblo contemplaba con gusto aquellos aprestos, que creía destinados á proteger sus miras de colocar en el trono al príncipe de Asturias. Las autoridades militares mostrábanse

disgustadas ante los atropellos cometidos por los franceses; pero enfrenadas siempre por las templadas instrucciones del gobierno encaminadas á no despertar las iras de Napoleón, resignábanse con pesar; y sometíanse al terrible yugo que se les imponía.

Sin embargo, tantos alardes de fuerza, tan profundo silencio en cuanto se relacionaba con el objeto de aquellos movimientos, y la violación constante de un tratado reciente, despertaron por fin la duda en el ánimo de algunos, siendo de los primeros Godoy, que en un consejo extraordinario celebrado en presencia del Rey, aconsejó prudentes medidas encaminadas á salvar la nación de las miras ambiciosas que pudiese abrigar Napoleón. Y como se le objetara por Carlos IV acerca de la conducta que debían seguir si el Emperador se oponía á sus indicaciones, contestó con energía: *Negarle la entrada con firmeza, y defenderse en caso necesario; hablar á la nación, y fiar en Dios y en la justicia de la causa.* Estas palabras impregnadas de excelente amor patrio, se perdieron en el profundo abismo de las rivalidades; y aquellos ministros que lejos de ver en la conducta de Bonaparte un peligro para España, juzgábanla encaminada á remover de su privanza al favorito, mostráronse enérgicamente opuestos á tan saludables medidas, prestándose sólo después de mil vacilaciones y cuando ya el daño estaba hecho, cuando nuestras plazas se hallaban en poder de los franceses y nuestro suelo invadido por sus tropas, á aprobar la retirada de los reyes á Sevilla, y caso de peligro á nuestras posesiones de América, en tanto que los españoles buscaban con su ingénito valor el desenlace de aquel sangrien-

to drama, cuyo complicado argumento era aún un problema para todos.

Deseoso Napoleón de ganar tiempo con nuestro gobierno y prepararse para asestar el golpe mortal que proyectaba, propuso sustituir con un nuevo tratado el de Fontainebleau, en virtud del cual nos cedería el Portugal á cambio de las provincias situadas al Norte del Ebro, con otras cláusulas no menos onerosas, entre las que figuraba arreglar de una vez para siempre, la sucesión al trono de España.

En tanto que ésto hacía, preparaba 6.000 hombres de la Guardia Imperial, y otro cuerpo de 19.000 hombres, titulado de observación de los Pirineos Occidentales, cuyo mando confió al mariscal Bessieres, duque de Istria. El mando de todo el ejército, cuya cifra se elevaba, sin contar las fuerzas de Portugal, á unos 100.000 hombres, fué encomendado á Murat, cuñado de Napoleón y gran duque de Berg; llegando éste á Burgos el 13 de Marzo.

Bonaparte había enviado á España un ejército brillantísimo, con los mejores generales del Imperio: era Murat, el gran soldado de las Pirámides, el jefe de la caballería en Marengo; Bessieres, el que decidió la victoria en Rívoli, y Dupont, el héroe del Hall y de Friedlan. Con esta conducta, proponíase sin duda intimidar al pueblo y á la corte, obligar á los príncipes á ausentarse del reino para declarar el trono desierto y colocar en él á uno de su familia, obrando, caso de no conseguirlo, con arreglo á las circunstancias.

Sus intenciones, sin embargo, estaban veladas por el más profundo misterio. El mismo Murat las igno

raba, y creyéndose humillado al no poder responder, aun cuando nunca lo hubiese hecho, á las preguntas del príncipe de la Paz y á las que le dirigían las autoridades del tránsito, escribió á Napoleón lamentándose de su profunda reserva, contestándole el Emperador: *Cuando yo os ordeno que obreis militarmente, y tengais vuestras divisiones reunidas y á punto de combatir, ¿no os doy por ventura instrucciones? Lo demás no os incumbe, y si no os digo nada, es porque no debeis saberlo.*

La situación de las tropas de Dupont, que se dirigía desde Valladolid á Segovia y al Escorial, y la próxima llegada de Murat á Madrid, hicieron que se pensase en poner en práctica el plan de marcharse los reyes á Andalucía; pero todas las medidas tomadas por el de la Paz para asegurar el éxito de la empresa, fueron anuladas por el motin de Aranjuez, cuyo resultado fué la caída del favorito, y dos días después la abdicación de Carlos IV.

El 24 de Marzo se verificó la entrada en Madrid del nuevo rey, en medio de indescriptible entusiasmo, llamando la atención del pueblo las órdenes inoportunas de Murat, para que sus tropas maniobraran en muchos de los puntos por donde había de pasar aquél, lo cual unido á la reserva de Beauharnais con respecto al nuevo orden de cosas y al desenfado de Murat, quien, sin anuencia de nadie, habíase trasladado de su alojamiento del Retiro á la casa de Godoy, engendró cierta prevención contra los franceses, llevándose á efecto algunos desmanes por los paisanos, que obligaron al nuevo gobierno, consecuente con la política conciliadora del anterior, á dictar medidas

enérgicas contra los iniciadores del más pequeño alboroto, á fin de no disgustar á la persona de quien en aquellos instantes dependía el afianzamiento de la nueva monarquía.

Las gestiones diplomáticas de Murat, y el deseo de salvar la vida al desgraciado Godoy, unido á la pena que les ocasionaba verse desposeidos de un trono abandonado ante un peligro por ellos exagerado, fueron causas que indujeron á los reyes á entablar correspondencia con Murat, así como con el mismo Napoleón, á quien Carlos IV pedía protección, ofreciéndole en cambio someterse á su absoluta voluntad, al mismo tiempo que le enviaba la protesta de su renuncia, hecha según él sin completa libertad.

Las noticias de lo ocurrido en España, desorientaron algo al Emperador en un principio; pero repuesto bien pronto de su asombro, trazóse una línea de conducta puesta en ejecución sin tardanza. Decidido á colocar en el trono á una persona de su familia, escribió á su hermano Luis, rey de Holanda, ofreciéndole la corona, que fué rechazada por aquél. Su plan consistía en no reconocer á Fernando, declararse árbitro entre el padre y el hijo, y con el pretexto de arreglar las diferencias, obligar al de Asturias á pasar á Francia para avistarse con él; apoderarse de su persona, fallar en favor del padre, al cual no le sería difícil arrebatárle el cetro, á cambio de algún cómodo retiro que le proporcionase.

Para poner en práctica sus ambiciosas miras, envió á España al general Savary, duque de Róbigo, hábil diplomático recién llegado de Rusia, quien manifestó á Fernando que si la conducta de la nueva

corte con el Emperador era tan franca como la de su padre, sería reconocido por soberano. Encareció al Rey la conveniencia de salir á esperar á Napoleón, accediendo al fin aquél, no sin oponer antes bastante resistencia. El 10 se emprendió el viaje, continuando de Burgos á Vitoria, y de allí, aunque con no poco recelo, penetróse en Francia.

Godoy fué también entregado á los franceses la noche del 19 de Abril, y los reyes padres emprendieron su marcha para Bayona, á donde llegaron el 30, siguiéndole poco después la reina de Etruria y su hijo.

Por su parte Murat, declarándose árbitro de los destinos de la Junta, disponía que para satisfacer los deseos del Emperador, se trasladasen á Bayona los demás miembros de la familia reinante. Dispuesto estaba todo para que saliesen de Madrid el 2 de Mayo los infantes D. Antonio y D. Francisco, y ya en el momento de subir al coche, al grito de una mujer anciana que dijo: *¡Válgame Dios, que se llevan á Francia todas las personas reales!*, se acabó la paciencia de los madrileños, y trataron de oponerse á la marcha de los infantes; pero la guardia que llevaban hizo fuego, y aquellos disparos produjeron la llama ante cuyos inmensos resplandores se detuvieron asustadas las arrogantes águilas francesas.

Hemos referido, aunque sucintamente, los hechos anteriores, para explicar las especialísimas circunstancias que ocasionaron á España una de esas terribles enfermedades curables tan sólo á costa de violentísimas crisis.

Ni la gloria de Napoleón, ni su alevosa conducta con los reyes y el pueblo de España, ni toda la adhe-

sión y talentos de sus generales, hubiese producido efecto alguno, sin la ambición ciega y desmedida de un fatal favorito encumbrado como por encanto á las altas regiones del poder; sin las vacilaciones censurables de un monarca débil y pusilánime, y sin la buena fé y credulidad de un pueblo niño, arrojado en medio del huracán de las pasiones políticas, sin más medios de defensa, que los que ya en el camino del abismo, pudo sugerirle su inagotable valor, y su nunca desmentida entereza. Con otros hombres al frente del gobierno, con reyes más guerreros y menos cortesanos, y con un pueblo ilustrado y conocedor de las intrigas de Europa, España no lloraría hoy tantas víctimas, porque hubiese estirpado en estado naciente aquel cáncer que trató de corroer hasta su misma independendencia. Pero fué así el destino, y justo es acatarlo: España, si con previsión no, condújose en cambio dignamente demostrando en la contienda heróico valor; y cuando llegaron horas de angustia y agonía, cuando fué preciso explicarle al mundo y á Francia, sobre todo, quién éramos nosotros, llegaron á comprender sin gran esfuerzo, que éramos dignos hijos, de aquellos que asombraron á la invencible Roma, en Astapa, Sagunto y Numancia.

SEGUNDA PARTE.

EJÉRCITOS DE ANDALUCÍA Y OPERACIONES QUE PRECEDIERON Á LA BATALLA DE BAILÉN.

A la manera que los ayes de las víctimas sacrificadas en Madrid el 2 de Mayo llegaron á provincias con rapidez eléctrica, así también el rugido lanzado en éstas por el león de España al despertar azorado de su sueño, dejóse oír prontamente en la corte, donde se dictaron órdenes para que las tropas francesas se pusiesen desde luégo en movimiento.

Dupont fué el encargado de sofocar la insurrección de Andalucía con la primera división de su cuerpo de ejército, la brigada de cazadores, un regimiento de dragones, el 2.º provisional, el batallón de marinos de la Guardia, 18 piezas de campaña y las brigadas suizas de Rouyer y Schramm, cuyas fuerzas ascendían á unos 18.000 infantes y 2.942 caballos, más que suficientes á juicio del Emperador para aquella empresa, sobre todo mandándolas Dupont, quien al frente de 8.000 franceses había sabido apoderarse del puente de Halle, defendido por 20.000 prusianos, y que aquí, sin embargo, iba á lograr su deshonra, al tratar de combatir un ejército de voluntarios.

El que mandaba Dupont, no pudo, sin embargo, alcanzar la cifra anteriormente indicada, pues el Regimiento de Reding, núm. 1 y el de Traxles, pronuncia-

dos en Cartagena, no se incorporaron; de modo que la infantería sólo ascendía á 10.236 hombres, y el total del ejército á 13.978.

El general francés cruzó sin dificultad las llanuras de la Mancha y penetró por las gargantas de Sierra Morena, donde le hicieron algunos disparos que, más que otra cosa, sirvieron para anunciarle el espíritu hostil de los habitantes de aquellas tierras, de lo que hasta cierto punto se hallaba convencido, por la fría acogida que recibía en todos los pueblos del tránsito. Así continuaron su marcha hasta llegar al puente de Alcolea, á 10 km. de Córdoba, en cuya posición se hallaban colocadas las fuerzas de D. Pedro Agustín de Echavarri, prontas á disputarles el paso. No hemos podido averiguar á ciencia cierta el número de hombres que llevaba á sus órdenes el citado jefe, pero es de suponer fuesen muchos, pues había llegado á reunir en Córdoba de 15 á 20.000 voluntarios, y como algunos escritores fijan además en doble número las fuerzas de Dupont parece lógico asegurar que las nuestras allí reunidas no bajarían de 9.000 hombres, en su mayor parte paisanos sin instrucción alguna y sin más garantías para salir airosos de la empresa, que su frenético entusiasmo. Contaban también con 8 piezas y algunos caballos; pero á pesar de ser las disposiciones dictadas por Echavarri sumamente acertadas, y mucho el valor de los nuestros, aquel puñado de españoles tuvo que cejar ante las disciplinadas tropas de Dupont, aun cuando llevando á efecto su retirada con orden impropio de soldados bisoños. Los nuestros se dirigieron á Córdoba, presentándose Dupont aquella misma tarde con sus fuerzas

al frente de esta plaza, cuyas puertas se habían cerrado con objeto de poder hacer alguna capitulación con el enemigo.

Celebrábase una conferencia, cuando algunos disparos imprudentemente dirigidos á los franceses, exasperaron á Dupont en tales términos, que inmediatamente dispuso abrir á cañonazos la puerta Nueva, y penetrando por ella las columnas francesas con bayoneta calada, á pesar de estar las calles completamente desiertas, lleváronse á cabo escenas que la misma pluma se resiste á narrar. Mujeres, ancianos, niños y enfermos, fueron bárbaramente degollados, y ni los templos impusieron respeto á aquel ejército de salvajes, pues además de robar las reliquias y vasos sagrados que en ellos había, fueron convertidos en lupanar infame, donde los soldados saciaron su brutal apetito con mujeres casadas ó doncellas, y hasta con las mismas religiosas. En vano las madres acudían en demanda de auxilio á los generales y oficiales para salvar á sus hijas de la miseria y la deshonor, pues éstos, sordos también al ruego de piedad de aquellas infelices, mancharon su frente con el deshonor más infamante.

Oficiales hubo, sin embargo, que en medio de aquel terrible alboroto lograron salvar aquellas familias de la indisciplinada soldadesca, que sólo puso fin á sus desmanes, cuando dominada por la más repugnante embriaguez, quedó sumida en profundo sueño.

Respetable número de voluntarios ansiosos de vengar los atropellos de Córdoba y alarmantes noticias recibidas acerca de los preparativos llevados á cabo por la Junta de Sevilla, obligaron á Dupont á detenerse

en sus posiciones esperando la llegada de 6.000 infantes, 12 cañones y 700 caballos que con Vedel salieron de Toledo el 16 de Junio. En el camino se le incorporaron los generales Roize y Ligier-Belair, destacados en la Mancha, llegando á Despeñaperros, cuyo paso forzaron, á pesar de las precauciones tomadas para defenderlo por el coronel Valdecañas que no pudo impedir la unión de estas fuerzas con las de Dupont el 26 de Junio. Dejaron los franceses destacamentos á retaguardia para asegurar sus comunicaciones con Madrid; pero nunca pudieron conseguir tal cosa, por el crecido número de partidarios que existía en todas partes.

Temeroso Dupont de no recibir los refuerzos que con tanta insistencia había solicitado, y ante el peligro de ver cortadas sus comunicaciones con la corte por las tropas que de Málaga y Granada empezaban á concentrarse en Jaén, emprendió la retirada á Andújar en la noche del 16 al 17 de Junio, por considerar esta posición muy ventajosa para no ser envuelto, y conservar, además, su actitud amenazadora sobre Andalucía.

La determinación anterior no fué en manera alguna acertada, y con ella quedaban sus comunicaciones con Madrid completamente abandonadas, pues aun empleando fuertes destacamentos para vigilar los numerosos pasos del Guadalquivir en aquella parte de su curso, lo que presentaba el inconveniente de disminuir el grueso de sus fuerzas y exponerse á ser atacado por el ejército de Castaños, no era prudente extender la zona de exploración hasta Baeza y Linares, por donde podían las tropas de Granada venir á colocarse en Bailén y amenazar su retaguardia. Ade-

más, aun obrando de este modo, siempre se colocaba en condiciones desventajosas, exponiéndose á combatir, con su línea de operaciones detrás del enemigo, y tal vez con otro ejército á sus espaldas, en tanto que retirándose á Bailén y dejando fuertes avanzadas de caballería en Andújar, Villanueva, Espeluy y Menjíbar, como asimismo destacamentos para asegurar la subsistencia de sus tropas en Linares, Guarromán y la Carolina, además de observar los pasos del río, hubiera ocupado ventajosa posición para batir parcialmente á los diferentes cuerpos enemigos, y concentrar sus fuerzas en una posición preparada de antemano.

Llegaron los refuerzos á Santa Elena el 26 de Junio, y al siguiente día se les incorporó el capitán Baste, que estaba en la Carolina con los marinos para defender los pasos de la sierra.

Vedel era el encargado de explicar á Dupont el estado de las cosas en España, como asimismo, la idea concebida por Savary de retirar el ejército á Castilla; pero el general en jefe le ordenó continuar hasta Bailén, á pesar de las observaciones que Vedel le hizo, llamando también á su lado al general Gobert, destacado con una división en Madrideojos para asegurar las comunicaciones con la corte.

Dupont llegó á reunir así un ejército de 20 á 22.000 hombres, pues la última división sólo constaba de cuatro regimientos de línea y uno provisional de coceros.

En tanto que esto ocurría, la Junta de Sevilla no omitía medio para acelerar la organización de su ejército, cuyo mando se había confiado al general Casta-

ños. Eligióse primero á Carmona como punto de concentración para estar más en contacto con las tropas de vanguardia, á las que se suponían de un momento á otro combatiendo con el enemigo; pero elegida después Utrera por cubrir el camino de Écija á Cádiz y poder caer desde este punto sobre Alcalá de Guadaira ó Sevilla, si las circunstancias lo exigían, emprendióse la marcha en esta dirección, bajo el amparo de las fuerzas que, al mando del general Coupigni, quedaron en Carmona, considerada como punto excelente para observar al enemigo.

Utrera quedó convertida en verdadero campo de instrucción, donde se maniobraba diariamente por espacio de ocho horas, dedicando el resto á la distribución de vestuario y armamento. Hubo necesidad de hacer dos uniformes de cada uno, entregando á unos cuerpos, los pantalones, casacas y sombreros, á otros las gorras, pantalones y chaquetas. Reemplazáronse las cartucheras y cananas que faltaban con bolsas de lienzo confeccionadas por las señoras de Utrera, en cuya población apenas si existía casa ó convento donde no se trabajase en la construcción de prendas de vestuario para el ejército. Las aristocráticas damas de Sevilla, Alcolea, Lora del Río y otras, presentaron considerable número de camisas, calzoncillos, casacas de soldado, botines de paño, escarapelas etc., etc.

Si bien en las tropas regulares existía bastante uniformidad, en los voluntarios, por el contrario, observábase el más raro contraste, y su traje solía ser fruto del capricho de la familia. Junto á las casacas blancas con solapa negra, carmesí ó azul de los regimientos de línea; al lado de las levitas azules de los

suizos y walonas, resaltaban las chaquetas de paño pardo usada por la gente colecticia.

La cifra del ejército aumentaba notablemente cada día, no sólo por el crecido número de voluntarios, que sin cesar ingresaban en las filas, sino por los desertores de las tropas españolas á quienes se les obligaba á formar parte de las columnas francesas, los cuales no desperdiciaban ninguna ocasión para incorporarse á cualquiera de los ejércitos que se estaban organizando.

Con tal fé trabajaron los oficiales instructores, tal afición demostraron los paisanos á la profesión de la guerra, que el 26 de Junio, ó sea trece días después de la concentración en Utrera, la Junta manifestó al ejército su sorpresa por el brillante estado de instrucción en que se encontraba.

Las tropas de Castaños, como hemos visto, tenían por núcleo principal las que él había traído del campo de Gibraltar, aumentadas cada día con nuevos voluntarios, entre los que figuraban todas las clases de la sociedad, lo mismo el noble y rico hacendado, que el último de los merodeadores; pues como dice un distinguido escritor popular, el cráter de nuestra venganza esputaba lo mismo el puro fuego que las pestilenciales lavas. De este modo se pudo organizar un ejército que, por su número, instrucción y excelente espíritu, podía hacer frente al de los franceses, á lo menos en buenas posiciones, y acostumbrándolo poco á poco al fuego, en combates ventajosamente preparados.

Dividióse la fuerza veterana en la vanguardia y cuatro divisiones, á las órdenes, la primera, del briga-

dier Venegas, y las demás al mando de los generales Coupigni, D. Narciso de Pedro, D. Félix Jones y D. Manuel de Lapeña, formándose además el pequeño cuerpo de Cruz Mourgeon, que casi siempre operó á vanguardia ó á los flancos del ejército.

Granada procedió también con gran actividad en la organización del suyo, llegando á reunir de 9 a 10.000 hombres, cuyo mando encomendó al general suizo Reding, que tanto había de esclarecer su nombre en la batalla de Bailén.

Este ejército se puso en marcha el 3 de Julio en dirección á las montañas que lo separaban de Jaen, con objeto de unirse á Castaños, y poder caer caso preciso sobre uno de los flancos de los imperiales.

Castaños emprendió la marcha el 27 en dirección á Córdoba, en donde exigía su presencia el movimiento retrógrado de los franceses, y las posiciones que iban tomando las fuerzas de Reding. Siguieron poco después en busca del ejército francés, pero no sin tomar en la marcha las precauciones necesarias para evitar un descalabro, que hubiese sido en aquellas circunstancias, dada la índole de las tropas, de funestos resultados.

De los dos caminos que podía seguir al salir de Córdoba, es uno la carretera general, y otro el que se dirige por Bujalance, Porcuna y Arjona. El primero presenta bastante facilidad para la marcha por atravesar un terreno despejado; mas por lo mismo no era prudente seguirlo con tropas bisoñas al frente de un ejército maniobrero, cuyos movimientos habían de verificarse en su dirección, eligiéndose, por lo tanto, el segundo, pues por él podían marchar fuera de la

vista del enemigo, amenazar su flanco izquierdo y llegar á dominar todo el valle superior del río, facilitando sobre todo la unión con las fuerzas de Reding.

Precedidos de la vanguardia y explorados por el cuerpo de Mourgeón, llegaron nuestras divisiones á Porcuna, donde se pusieron en comunicación con el ejército de Granada, formando al frente de las posiciones francesas una línea tan corta como lo permitían las necesidades del abastecimiento.

Como era preciso dar unidad á aquellos dos ejércitos, procedióse á organizarlos de nuevo en la forma siguiente:

PLANA MAYOR.

General en jefe.—Teniente general D. Francisco X. Castaños.

Primer ayudante general.—Mariscal de campo D. Tomás Moreno.

PRIMERA DIVISIÓN.

Comandante general.—Mariscal de campo D. Teodoro Reding.

Jefe de Estado Mayor.—Brigadier D. Federico Abadía.

ARMAS.	CUERPOS.	Tropa.	Caballos.
Infantería.	Guardias walonas, 3. ^{er} batallón..	852	
	Reina	795	
	Corona	824	
	Jaen.....	922	
	Irlanda.....	1.824	
	Suizos de Reding, n.º 3.....	1.100	
	Provincial de Jaen.....	500	
	Voluntarios de Barbastro.....	331	
	Idem de Granada (1. ^{er} batallón)..	526	
	Cazadores de Antequera.....	343	
	Tercio de Tejas.....	436	
	Montesa.....	120	120
	Farnesio.....	213	213
Caballería.	Dragones de la Reina.....	100	100
	Numancia	140	140
	Olivencia.....	130	130
	Lanceros de Utrera.....	54	54
	Idem de Jerez.....	60	60
Artillería.	1 compañía de á caballo con 6 piezas	»	
	1 idem de á pié con 4 piezas.....	»	
Zapadores.	2 compañías	166	
	<i>Total.....</i>	9.436	817

Figuraba en esta división la partida del alcalde mayor de Granada, cuya fuerza se ignora.

SEGUNDA DIVISIÓN.

Comandante general.—Mariscal de campo marqués de Coupigni.

Segundo idem id.—Brigadier D. Pedro Grimarest.

ARMAS.	CUERPOS.	Tropa.	Caballos.
Infantería.	Céuta.....	1.208	
	Ordenes militares.....	1.909	
	Provincial de Granada.....	400	
	Idem de Trujillo.....	290	
	Idem de Bujalance.....	403	
	Idem de Cuenca.....	501	
	Idem de Ciudad-Real.....	420	
	Voluntarios de Granada (2.º ba- tallón).....	450	
	Idem de idem (3.ºr batallón)....	470	
	Idem de Cataluña.....	1.178	
Caballería.	Borbón.....	401	333
	España.....	120	120
Artillería.	1 compañía de á caballo con 6 piezas.....	»	
Zapadores.	1 compañía.....	100	
	<i>Total</i>	7.850	453

TERCERA DIVISIÓN.

Comandante general.—Mariscal de campo D. Félix Jones.

Infantería.	Córdoba.....	1.106	
	Batallón de Valencia.....	359	
	Idem de Campo mayor.....	800	
	Provincial de Burgos.....	415	
	Idem de Alcázar de S. Juan.....	400	
	Idem de Plasencia.....	410	
	Idem de Guadix.....	459	
	Idem de Sevilla.....	267	
	Idem de Lorca.....	490	
	Caballería.	Calatrava.....	222
Santiago.....		86	49
Sagunto.....		101	101
Príncipe.....		300	240
	<i>Total</i>	5.415	582

DIVISIÓN DE RESERVA.

Comandante general.—Teniente general D. Manuel de La-peña.

ARMAS.	CUERPOS.	Tropa.	Caballos.
Infantería.	Granaderos provinciales.....	912	
	África.....	525	
	Búrgos.....	2.089	
	Suizos de Reding.....	243	
	Batallón de Zaragoza.....	822	
	Múrcia (3. ^{er} batallón).....	420	
	Provincial de Sigüenza.....	502	
	Compañía de Granaderos de ma- rina.....	50	
Caballería.	Dragones de Pavía.....	541	408
Artillería.	2 compañías á caballo con 12 pie- zas.....	502	
Zapadores.	1 compañía.....	100	
	<i>Total.....</i>	<u>6.667</u>	<u>408</u>
	<i>Total de las cuatro divisiones.</i>	29.377	2.260
	Tropas al mando del coronel Mourgeón.		
	—		
	Tiradores de Cádiz.....	150	
	Idem de España.....		
	Idem de Montoro.....		
	Escuadrón de Carmona.....		
	Compañías de la costa de Gra- nada.....		
	Columna del Conde de Valde- cañas.....	1.800	400

Algunos escritores hablan también de una compañía compuesta de 300 escopeteros al mando del presbítero D. Ramón de Argote, la cual no figura en ninguno de los estados de fuerza que hemos tenido ocasión de consultar.

Parecía natural que Dupont hubiese puesto espe-

cial empeño en batir aisladamente á cada una de las partes que componían el ejército de Andalucía; pero léjos de ello, proporcionó á las tropas de Reding frecuentes ocasiones para irse acostumbrando á las emociones de la guerra, cuales eran las expediciones que á largas distancias de Andújar llevaban á efecto para adquirir los víveres de que carecían en el citado punto.

Más prudentes nuestros generales, y en la creencia de que aún no había tenido efecto la unión de los franceses, acordaron en el consejo de generales celebrado en Porcuna, dirigir sus esfuerzos á impedir la unión de Vedel y Dupont; una vez reducido este general á sus propias fuerzas, caer sobre el grueso del ejército, envolverlo por todas partes, y obligarle á capitular.

Para conseguir este objeto, dispúsose que el general Castaños con las divisiones tercera y de reserva, pasase á situarse en los Visos de Andújar; los generales Reding y Coupigni se dirigirían con las suyas por Menjíbar á Bailén, mientras Cruz Mourgeón, atravesando el puente de Marmolejo, molestaba la derecha francesa, y Valdecañas con los suyos vigilaba la sierra y cortaba las comunicaciones. Pero como ya en otro lugar hemos visto, Vedel y Gobert se habían incorporado á Dupont, variando así por completo la faz de las cosas, pues nuestro ejército iba á manio- brar partiendo de una hipótesis falsa.

El Cuartel general se situó en Arjona, y el 13 se efectuó un reconocimiento hacia Arjonilla, por donde se anunciaba el ataque del enemigo. El 14 se trasladó á dicho punto, mientras Coupigni lo hacía á Higuera

de Arjona, para observar á los franceses situados en Villanueva y proteger la marcha de Reding que, precedido por su vanguardia, se dirigía hacia Menjíbar.

A las cinco de la mañana, próximamente, llegaba Venegas á este punto, arrollando con un destacamento de caballería las avanzadas francesas, y por la tarde llegó el resto de la división, que tuvo que obligar en el camino á repasar el río á los de Villanueva, continuando su marcha después de recuperar algún ganado, en la seguridad de que Coupigni protegería su línea de comunicaciones con Castaños.

La presencia de los españoles en Menjíbar y en Villanueva, y la noticia de que se esperaba á Castaños en los Visos en la madrugada de aquel día, sembraron la alarma en el campo francés. Inmediatamente se dió orden á Vedel para que avanzase á defender el paso de Menjíbar, y á Gobert, para situarse en Bailén, dejando algunas fuerzas de su división protegiendo los pasos de la sierra.

Castaños había llegado en la madrugada del 15 á los Visos, rechazando de ellos una avanzada francesa que se retiró ante el peligro de ser envuelta por las tropas de vanguardia.

Los Visos están formados por una serie de alturas que se alzan á distancia de 1.900 á 600 metros del río por la parte de Andújar, formando así una llanura donde pueden maniobrar fácilmente las tropas que traten de atacar á dicho punto. Estas colinas se elevan frente á la posición ocupada por los franceses 112 metros, y aumentando su altura por la derecha, puede, á su abrigo, maniobrar un ejército de flanco, sin ser observado por el enemigo.

Desde las citadas posiciones empezó Castaños vivo cañoneo que duró hasta las 12 del día; pero el movimiento de Mourgeón, que aquella mañana había atravesado el Guadalquivir con 2.000 hombres por el puente de Marmolejo, agua abajo de Andújar, y el empeño de nuestras tropas ligeras desplegadas en la llanura por reconocer el lecho del río, hicieron creer á Dupont que aquél era el punto decisivo para los españoles, pidiendo por lo tanto auxilios á Vedel, si no los consideraba indispensables en Menjíbar.

Vedel, por su parte, había llegado el mismo día 15 frente á la posición de Reding, y acto continuo desplegó su gente para obligar al general suizo á presentar la suya; pero éste, tan bravo como prudente, se abstuyo de efectuar tal movimiento, creyendo por ello Vedel que sus tropas eran en número reducido y que carecería de artillería, cuando no la empleaba contra él. Estas razones, unidas al relato que el ayudante de Dupont le hizo del vivo cañoneo de Andújar, indujéronle á creer si aquél podría ser el punto elegido para el ataque, hipótesis confirmada por la presencia de Castaños en los Visos. Dejó, en su consecuencia, al general Belair con dos batallones frente á Reding, y se dirigió con el grueso de sus fuerzas en socorro de Andújar, advirtiéndole antes á Gobert la conveniencia de apoyar á los franceses situados frente á Menjíbar, si las circunstancias lo exigían.

Habiendo observado Coupigni en la mañana del 15 que dos batallones franceses procedentes del Cuartel general, se situaban en Villanueva para evitar un movimiento envolvente, que Dupont esperaba por aquella parte cuando Castaños se presentase en los

Visos, se decidió á atacarlos al frente de su fuerza, obligándolos á repasar el río después de haberles ocasionado numerosas bajas.

El destacamento de Mourgeón había luchado con las fuerzas del general Lefranc situadas hacia las estribaciones de la sierra que avanzan á estrechar la llanura de Andújar por la izquierda del Jándula; pero cumplida por aquel jefe su misión de molestar á los franceses, se retiró al Peñascal de Morales, donde encendió aquella noche fogatas para indicar su posición á Castaños.

Así pasó el día 15, durante el cual se convenció el general en jefe de que sus intenciones no habían sido adivinadas por Dupont, al mismo tiempo que hallaba ocasión de ir empleando sus tropas en pequeñas escaramuzas, para habituarlas al fuego y actitud de los franceses.

Percibido Reding del movimiento que Vedel había hecho en dirección de Andújar, ordenó reconocer las posiciones francesas, á cuyo efecto al anochecer del 15 se puso la división en movimiento, agua arriba del río, en dirección al vado del Rincón, distante 3 km. de Menjíbar, por donde había de efectuarse el paso. Durante la noche, algunas fuerzas de infantería y dos piezas pasaron el río por junto á la barca, y ya antes del amanecer se escucharon algunos disparos en la orilla opuesta, adoptándose entonces todo género de precauciones para no ser descubiertos. La noche era calurosa y las tropas habían comido poco y mal el día anterior; pero á pesar de todo, el entusiasmo hacía olvidar las penalidades, y al aparecer en el cielo los primeros vislumbres de la

aurora, ganaban nuestras fuerzas la margen derecha, en donde cada vez se acentuaba más, en dirección de la barca, el ruido de la fusilería.

El general francés emprendió la retirada, con orden, en dirección á Bailén, en vista de su inferioridad numérica, tomando á cada instante posiciones para aguardar los refuerzos que desde el principio de la acción había solicitado. Gobert llegó á Bailén con tres batallones y algunos escuadrones de coraceros, poniéndose inmediatamente en marcha para proteger á Belair, en cuanto tuvo conocimiento de la situación difícil que éste atravesaba.

El terreno donde se iban librando los diferentes combates no puede ser más favorable á la defensa. Preséntase bastante ondulado por la parte en que se efectuó el paso, y los innúmeros matorrales y chaparros que lo bordean en todas direcciones, ofrecen excelentes abrigos á las guerrillas defensoras. Ya sobre la carretera que conduce á Bailén, empieza ésta muy pronto su ascenso á la angostura formada por los altos de S. Bartolomé y Mangalobo, á los que se llega con suma dificultad cuando se les ocupa convenientemente. Sigue después el barranco del Guadiel, pasado el cual empieza el camino á ser nuevamente dominado por su izquierda, donde se extiende una serie de colinas que facilitan mucho la defensa hasta Bailén.

Entusiasmadas avanzaban nuestras tropas con el éxito de aquella acción, que su inexperiencia les hacía considerar como reñida batalla, cuando á cosa del medio día, detienen su marcha ante la aparición inesperada de las tropas de Gobert, desplegadas á su

frente. Poco dura la vacilación: el heróico valor de los generales y oficiales españoles, hace recordar en un instante á los soldados el cumplimiento de su altísima misión, y olvidando las penalidades sufridas y el desaliento ocasionado por la vigilia y el ayuno, lánzanse con más ímpetu que nunca sobre aquellas imponentes masas. Gobert hace avanzar sus coraceros, cuyos bruñidos petos lanzan argentados rayos; pero recibidos á balazos por los walonas y molestados desde las escabrosidades colindantes por las tropas ligeras y un enjambre de paisanos situados en ellas, inician la retirada perseguidos por nuestra caballería de la derecha, que los carga cerca de la línea francesa, é introduce en ellos algún desorden. De repente cesa el ruido de la fusilería y los franceses, con asombro de los nuestros, precipítanse á recoger sus heridos y emprenden la retirada con algún desorden. ¿Qué motivaba aquel cambio instantáneo en la actitud del enemigo? El general Gobert había caído mortalmente herido; una bala lanzada por desconocido fusil, había taladrado en su violenta carrera el corazón del Imperio.

Desplegan los franceses sus batallones nuevamente en el cerro de la Harina por orden de Dufour que sucede á Gobert, cuyo general espiraba en Guarromán pocas horas después; pero juzgando conveniente no seguir combatiendo con soldados extenuados de fatiga, y ante el temor de ver á sus contrarios reforzados nuevamente, decide retirarse á la posición ocupada aquella mañana por los franceses en Menjíbar, logrando levantar así el espíritu de sus fuerzas, y convencer á Dupont de que nada debía temer por

aquella parte, puesto que no se aprovechaba de las ventajas alcanzadas.

Por su parte Coupigni, había visto cruzar al amanecer de aquel día la división Vedel; mas persuadido de que no contaba con fuerzas suficientes para atacarla, se limitó á enviar á la derecha del río para molestar su marcha, á la caballería de Borbón y algunos voluntarios. Juzgando Vedel por estas demostraciones que la escena principal estaba desarrollándose en Andújar, y que sólo se trataba de entretenerlo, destacó algunas fuerzas para ahuyentar nuestras guerrillas, y continuó la marcha con las restantes.

Castañes durante aquel día, no omitió medio alguno de llamar la atención francesa para proteger los movimientos de Reding, así es, que no sólo cañoneó sin cesar la posición de Andújar sino que hizo descender una de sus divisiones á la llanura, amagando un ataque sobre el puente, mientras Cruz Mourgeón, siempre acorde con los movimientos de su general, amenazaba la derecha francesa y simulaba correrse por su izquierda hasta cortar las comunicaciones de los franceses. Dupont, sin embargo, alentado con la presencia de Vedel, se limitaba á contestar con fuego lento de cañón al de nuestra artillería, ordenando á Lefranc marchar al encuentro del célebre Mourgeón que en todas partes se encontraba.

Los tristes acaecimientos del 16, habían sumido á Dupont en la más completa duda. La muerte de Gobert en la mañana de aquel día, y el desastre sufrido por sus tropas, hiciéronle pensar en el peligro de perder sus comunicaciones y en los inconvenientes del gran vacío que dejaba á su izquierda; pero, por

otra parte, la retirada á Menjíbar de las tropas de Reding, parecía indicar que todos aquellos movimientos obedecían tan solo al propósito de distraer sus fuerzas de la posición de Andújar, á donde él seguía creyendo que se dirigiría el grueso de las tropas españolas. Esta idea errónea, unida á la tenacidad de conservar aquella posición, fué causa inminente de los males que después le sobrevinieron.

Dupont, sin embargo, como si tratase de fomentar las miras del enemigo, pero impulsado en realidad por la intranquilidad que le proporcionaba tener su izquierda casi desamparada, ordenó á Vedel que marchase en dirección á Bailén, y uniéndose á Dufour, obligasen á los españoles á repasar el río, regresando á Andújar luégo que hubiesen dejado en aquellos pueblos, fuertes destacamentos para asegurar sus comunicaciones con Castilla. Vedel llegó á Bailén á las ocho y media de la mañana, y se encontró con que el pueblo estaba completamente abandonado, pues Dufour, avisado de que un cuerpo de 10.000 españoles maniobraba por el valle del Guadalimar para tomar de revés las posiciones de la sierra, había salido en aquella dirección á fin de anticiparse y defender las citadas comunicaciones.

Vedel, completamente convencido por los reconocimientos practicados en el valle del Guadalquivir, de que por aquella parte no amenazaba peligro alguno, se dirigió en seguimiento de Dufour á quien ordenó situarse en Santa Elena, en tanto que él desde la Carolina enviaba reconocimientos hacia el camino de Aldea Quemada por donde esperaba la llegada de los enemigos. Como las noticias facilitadas por los agen-

tes enviados en distintas direcciones, sólo le revelaban la existencia de pequeñas partidas dedicadas á interceptar correos y molestar á los franceses, decidió permanecer en dicho pueblo, recoger sus destacamentos, y esperar en él noticias del enemigo ó nuevas instrucciones de Dupont.

Conocedor éste del movimiento que Vedel había emprendido, por las noticias que le comunicó al salir de Bailén, y comprendiendo al punto el gran hueco que resultaba en su izquierda, se decidió á retirarse á dicho punto; pero como las noticias facilitadas por su teniente le tranquilizaban algo respecto á la inminencia del peligro que amenazaba, aplazó hasta el 18 por la noche la ejecución de sus planes, con objeto de burlar la vigilancia de Castaños, y disponer del tiempo preciso para establecerse en su nueva posición, cometiendo así una nueva falta, como veremos después al analizar esta primera parte de la campaña.

Coupigné había llegado á Menjíbar el 17 por la noche, y al amanecer del siguiente día, pasaba á la orilla opuesta sirviéndose de la barca, para emprender poco después la marcha en dirección de Bailén ambas divisiones reunidas, á cuyo punto llegaron sin novedad alguna antes del medio día del 18, campando sobre la carretera de Andújar á donde debían dirigirse el 19. Las avanzadas de estas fuerzas fueron descubiertas aquella tarde por las que tenía Dupont al otro lado del Rumblar, las cuales se retiraron hacia Andújar después de un ligero tiroteo. Como á su llegada á Bailén supiesen que Vedel había salido en dirección á la Carolina, tomaron las precauciones convenientes para no ser sorprendidos por una y otra parte, pa-

sando la noche con gran tranquilidad, hasta la madrugada del siguiente día.

Castañes, desde los Visos, siguió su cañoneo é hizo bajar sus divisiones á la llanura como si tratase reconocer el punto débil de la posición enemiga.

Dupont se puso en movimiento el 18 por la tarde, y á cosa de las seis y media, la brigada Chabert que estaba en el ala derecha, á retaguardia del puente, pasó á situarse sobre la carretera de Bailén para formar la cabeza de la columna. La vanguardia se componía de un batallón, las compañías de preferencia de los demás cuerpos de la brigada, un escuadrón de cazadores y 4 piezas de artillería. Los otros dos batallones de la cuarta legión, uno del cuarto regimiento de suizos y 4 piezas, formaban la cabeza y escolta de la columna. Seguían 400 ó 500 carros, y á entrambos lados del camino, iban soldados de todos los cuerpos en su mayor parte enfermas de disenteria, mezclados con los suizos de Freuler. A retaguardia de los carros marchaba lo más fuerte de la columna, pues Dupont, obcecado con la idea de que todo debía temerle de las tropas de Castañes, colocó detrás de la impedimenta los regimientos suizos de Preux y Reding, dos batallones de la tercera legión, los de la guardia de París, dos regimientos de cazadores á caballo y una compañía de artillería ligera.

La retaguardia se componía de dos regimientos de dragones y un escuadrón de coraceros, del batallón de marinos de la Guardia y de los zapadores del ejército. Dupont se puso al frente de la columna, y Barbón en el cuerpo de retaguardia para cuidar del orden de la marcha, habiendo recibido todas las instruccio-

nes necesarias para el caso en que por un ataque imprevisto se hubiese de trabar un combate durante la noche.

Emprendióse el movimiento á cosa de las 8, hora en que estinguida la escasa luz del crepúsculo, podían maniobrar las fuerzas sin despertar sospechas en el campo de Castaños. Aquella negra serpiente al salir del caserío de Andújar, íbase deslizando cautelosamente por la carretera de Bailén, destacándose á ratos sobre la tierra blanquecina, á ratos desapareciendo entre negros y espesos olivares. El calor de la noche y la polvareda levantada por el movimiento de tantos infantes, carruajes y caballos, fatigaban al soldado, mientras su ánimo se abatía cada vez más ante los mil presentimientos tristes que inspiraba aquel monótono silencio, interrumpido á las veces por el crujido de las cureñas al rebotar en el suelo. Dejemos á la columna marchando hacia Bailén, y vamos á hacer algunas consideraciones sobre las medidas adoptadas por los generales de ambos ejércitos.

Han censurado muchos escritores militares el plan adoptado por los generales españoles en Porcuna, pues introduciendo á su juicio una gran diseminación en las fuerzas, privaba la superioridad numérica, única ventaja que los españoles poseían, en cambio de los inconvenientes debidos á su falta de organización y consistencia, por efecto de la índole de nuestro ejército. Partiendo de esta base, y haciéndose eco de la opinión francesa, atribuyen á las faltas cometidas por Dupont el éxito de las operaciones, empañando hasta cierto punto el brillo de aquella memorable jornada. Séanos permitido, antes de pa-

sarse á otro asunto hacer ligero análisis de estas operaciones, examinándolas con desapasionado criterio á fin de colocarnos en puntos de vista convenientes.

Partiendo del supuesto admitido por nuestros generales, de que Vedel no se había unido aún á Dupont, debíanse aprovechar los inconvenientes de su posición excéntrica, cortando las comunicaciones con sus fuerzas, á fin de batirla después aisladamente en Andújar, donde la inferioridad numérica aumentada con el considerable número de enfermos que tenía, hubieranle obligado á librar una batalla cuyos deplorables efectos podían considerarse como inevitables, procediendo tan sólo con alguna precaución.

Además, lo excelente de su posición resguardada por un río caudaloso cuyo puente había sido de antemano cubierto por extenso hornabeque, hacía que no fuese en manera alguna acertado aventurar el éxito de las operaciones al resultado dudoso de un ataque por el frente, que caso de frustrarse, podía introducir en nuestras tropas un desaliento difícil de evitar dada la índole del elemento que en ellas predominaba. Lo único pues, que la prudencia parecía aconsejar, era llamarle seriamente la atención por su izquierda; si ante el peligro de perder las comunicaciones se retiraba de Andújar, el ejército de Castaños por retaguardia, y el que hubiese desempeñado la anterior misión por el frente ó flanco, según las circunstancias, obligarle á batirse, no en una posición escogida, sino donde las circunstancias lo exigieran. Y si obstinado en defender á Andújar permanecía en este pueblo, el ataque por la izquierda del destacamento encargado de

llamar su atención, el de Murgeón por la derecha y el de Castaños, con el grueso de las fuerzas, de frente, hubiéranle puesto en grave aprieto.

Podría este plan haberse ejecutado, situándose Castaños con las divisiones tercera y de reserva en los Visos, atravesando el río Mourgeón con los 2.000 hombres de su mando por el puente de Marmolejo para molestar la derecha enemiga, situándose Reding con la primera división en Villanueva de la Reina para llamar la atención y efectuar el movimiento envolvente y pasando Coupigni con la suya á Higuera de Arjona, para establecer la unión entre ambas alas y acudir al punto en que su presencia fuese más necesaria. Para poner á salvo de un desastre repentino á la división Reding, que podía verse obligada, aunque por poco tiempo, á combatir con todo el ejército francés, hubiera sido conveniente reforzarla con todas las armas, especialmente con caballería, que dada la naturaleza del terreno, había de serle muy necesaria.

Pero, ¿era conveniente emprender esta operación, y lanzar un destacamento de importancia á la derecha del río sin asegurarse antes de la posición que ocupaba Vedel? Indudablemente no, y esto sin duda indujo á nuestros generales á no adoptar las disposiciones precedentes, que sin esta circunstancia, hubiesen sido en nuestra humilde opinión las más acertadas. Además, en la hipótesis de hallarse Vedel en Bailén, como en realidad ocurría, atraído por el cañón de Andújar el día de la batalla, hubiérase indudablemente presentado en este punto antes que nuestras tropas venciesen á Dupont, cuya resistencia, en las calles del pueblo, hubiese sido tenaz. Si así se verifi-

caba, Reding sería derrotado sin disputa; y aun cuando Coupigni pasase el río en su ayuda, único medio de salvarlo, las excelentes tropas de Vedel, reforzadas con las de Dupont (que no fuesen precisas para impedir á Castaños el paso del río), y la superioridad sobre todo de la caballería francesa, hubiesen hecho sin disputa muy problemático el resultado de la empresa.

Era pues de todo punto indispensable, practicar un reconocimiento hacia Bailén, y éste, con fuerzas suficientes para obligar al enemigo á repasar la sierra; y tanto en este caso, como sinó se presentaba, con las fuerzas de Valdecañas y destacamentos convenientemente dispuestos, asegurar los pasos de la sierra para cortar las comunicaciones, y caer después sobre Andújar, donde Dupont completamente aislado, no tenía medios de defensa.

Este plan presentaba el inconveniente de que Reding y Coupigni hubiesen sido derrotados en Bailén por las tropas de Vedel y las que de Gobert hubiesen podido venir en su ayuda, mientras Dupont, atacaba á Castaños en los Visos, donde hubiera obtenido una completa victoria. Pero en la hipótesis de no haber atravesado Vedel los pasos de la sierra y aun suponiendo que se hallase en Bailén, ¿podría evitarse la unión de las divisiones españolas en Menjíbar? Seguramente no, pues si bien Castaños, hubiera pasado grandes apuros, con 12.000 hombres, 1.000 caballos, 12 piezas y los talentos del bizarro general, llegara al fin á conseguir el anterior objeto atendiendo sobre todo, á que Dupont, por la considerable impedimenta y los enfermos que tenía, no podía emprender un movimien-

to de ataque, ni le era posible caso de hacerlo, separarse demasiado de Andújar, donde con precisión había de dejar un fuerte destacamento, so pena de que Mourgeón, y las tropas que pudieran presentarse, se apoderasen de los despojos de Córdoba.

Por otra parte, algo debía aventurarse á la suerte; y si Dupont, engañado por las demostraciones del enemigo y por la presencia del general en jefe, llegaba á equivocarse el objeto de todos aquellos movimientos y se introducía la confusión en su ánimo, el éxito era seguro, y la independencia de España quedaba asegurada.

Así lo quiso nuestra suerte por ventura: Dupont juzga la presencia de nuestras tropas en Menjíbar como una diversión para desconcertarle; sabe que Castaños se halla en los Visos, sobrecógese de espanto, y llama á Vedel en su ayuda para evitar una derrota; éste se engaña también por la prudente conducta de Reding y corre presuroso hacia Andújar dejándole á nuestro general un gran boquete para penetrar en el teatro de la guerra; Reding aprovecha los instantes, y avanzando á reconocer al enemigo, descubre el camino que ha de conducirle á la victoria. Dupont impresionado con el desastre de Menjíbar, ordena á Vedel que acuda en socorro de su izquierda, y en vez de emprender él también la retirada, como la prudencia aconsejaba, para ir á ocupar aquella posición excelente, vuelve á dividir las fuerzas; llega Vedel á Bailén y no encuentra allí ni franceses ni españoles, averiguando en cambio que Dufour ha marchado hacia la sierra á conjurar la tormenta que se presentaba; sigue Vedel en su busca, y el ejército

francés, semejante á un loco que en su terrible aturdimiento no se explica lo que hace, corre, avanza, retrocede, gira alrededor del mismo punto en busca de un fantasma que desaparece al asestarle el golpe, hasta que ya por fin, conturbado el espíritu con tanta duda, debilitadas sus fuerzas con las fatigas, el ayuno y la vigilia, preséntase ante el loquero que su extraviada razón creyó fantasma, quien aprovechando su decaimiento, le azota inhumanamente con el terrible látigo de la cordura. Tal es la imágen de los movimientos ordenados por aquellos generales asombro de Europa, cuyos talentos quedaron sepultados para siempre en la pintoresca cuenca del caudaloso Betis.

Dupont se decide por fin á retirarse, pero ya era tarde: aquellas inexplicables vacilaciones ocasionan la última derrota, hacen que se admire á España en todas las regiones del globo, y el nombre de Bailén, circundado por el laurel de la victoria, inscribese con caractéres de oro en el inmenso libro de la fama.

TERCERA PARTE.

BATALLA DE BAILÉN.—CONSECUENCIA DE LA MISMA.

Dejamos á los generales Re ling y Coupigni campados en las afueras de Bailén sobre la carretera de Andújar, en tanto que Dupont se dirigía á la posición ocupada por los españoles, á quienes suponía muy lejos de allí, amenazando sus comunicaciones con Castilla.

Serían próximamente las dos de la mañana, cuando la vanguardia francesa llegaba al lecho del Rumbiar, río cuya dirección es próximamente perpendicular á la carretera, excepto en un corto trecho que le es paralelo, y que por lo pedregoso de su suelo impide por completo el paso de la artillería y dificulta en gran manera el de la infantería en ordenadas masas. Avistados por los soldados de nuestras avanzadas los de las columnas francesas, hacen fuego sobre ellos, y apoderándose éstos del puente persiguen á los españoles con su acostumbrado arrojo por la suave pendiente sembrada de matorrales que conduce al desfiladero formado por el Cerrajón y los Zumacares.

Nuestra vanguardia, á las ordenes de Venegas, debía emprender la marcha á las tres de la mañana; pero habiendo anticipado una hora el movimiento, hallábase sobre la carretera al escucharse á lo lejos el ruido de los primeros disparos. Comprendiendo por

la celeridad con que los suyos se aproximan la gravedad del caso, concentra Venegas su gente en el citado desfiladero, para dar tiempo á que el grueso de las fuerzas tome posiciones, contestando al fuego enemigo con el de la artillería é infantes, apoyados por algunos cuerpos de Coupigni situados en Haza-Walona y cerros inmediatos. Sin embargo, fué preciso ceder á pesar de la obstinada resistencia, ante el violento choque de los franceses; los que rebasando el desfiladero ocupado por los nuestros, atraviesan la línea, extraviados con la oscuridad, y pagan con la vida al día siguiente su temerario arrojo.

El fuego de la vanguardia alarmó á los generales Reding y Coupigni quienes acudiendo presurosos á sus puestos, hicieron tomar posiciones á las tropas, y las dispusieron á la lucha.

Era el amanecer del 19 de Julio de 1808. La oscuridad de la noche cedía su puesto á las plateadas tintas de la aurora. Al profundo silencio que reinaba algunas horas antes, interrumpiose de pronto con el acompasado caminar de las tropas para ocupar sus puestos, y por los rebotes de las pesadas cureñas al conducir las piezas á sus nuevos emplazamientos. Las crestas de las suaves lomas que salpican el campo, proyectaban en la ténue claridad del cielo sus caprichosas formas; y por el frente de nuestra posición y como amenazando las alas del ejército, se divisaban negras manchas producidas por los espesos olivares del Cerrajón, Zumacares y alturas inmediatas. El camino de Andújar se perdía á lo lejos en mil ondulaciones; y tras los verdes olivos y empañando á las veces la pálida blancura de las secas sementeras, los

cuerpos franceses agitábanse buscando posiciones ventajosas para molestar desde éllas las diferentes partes de nuestra línea.

Hallábanse las tropas españolas situadas en la pequeña loma que á la salida de Bailén forman las últimas estribaciones del cerro Valentin, y sus diferentes cuerpos formaban tres líneas en el orden siguiente: la primera, con sus fuerzas desplegadas, apoyándose en aquella altura, se componía de Barbastro, Cataluña, compañía de cazadores de Walonas, tercio de Tejas, una batería de seis piezas, batallón voluntarios de Granada, regimiento infantería de la Reina, batería de cuatro piezas, batallones de Céuta é Irlanda, batería de seis piezas, provinciales de Bujalance, Cuenca, Ciudad-Real, y Trujillo.

La segunda, formada en línea de columnas, desfilada por su distancia á la primera, componíase del regimiento de Ordenes militares, frente al intervalo que quedaba entre la compañía de Walonas y el tercio de Tejas; á retaguardia de Céuta é Irlanda, hallábase el segundo batallón de voluntarios de Granada; una compañía de zapadores y otra de minadores, protegían la tercera batería; los regimientos de Jaén, Walonas, Suizos y una compañía de zapadores, hallábanse dispuestos á atacar las alturas de la izquierda, colocados á retaguardia de los claros que dejaban entre sí los cuerpos de la primera línea.

La tercera, compuesta de caballería, la formaban partidas de Numancia y Reina á retaguardia de la primera batería; Farnesio, detrás de los voluntarios de Granada y regimiento infantería de la Reina, dispuesto á proteger las baterías primera y segunda;

Borbón, á retaguardia del ala derecha de la tercera batería, y detrás del ala izquierda, el regimiento de España.

Además de las fuerzas anteriores, tomaron parte en la batalla la partida del alcalde mayor de Granada, que se supone operase en la derecha, y los lanceros de Jerez y de Utrera, los cuales se cubrieron de gloria en nuestra izquierda, haciendo frente á los dragones y coraceros de Privé.

Temeroso Reding de que la división Vedel se presentase de un momento á otro en el campo de batalla atraída por el ruido del cañón, destacó al cerro de San Cristóbal el provincial de Granada, dos compañías de Jaén y el regimiento de la Corona, apoyado por el tercer batallón de voluntarios de Granada. En el del Ahorcado, situó al primer batallón de Irlanda y al provincial de Jaén, con el de Antequera en reserva, cubriéndose por flancos y frente con la caballería de Montesa, que desplegó la mitad de sus fuerzas en guerrilla para reconocer las avenidas de la posición. Don Juan de la Cruz Murgeón, siguiendo á Dupont, aparece también molestando la izquierda francesa durante la batalla.

La disposición que acabamos de indicar para los diferentes cuerpos de la primera y segunda división del ejército de Andalucía, en el instante de dar comienzo la batalla, está tomada de la obra del general Arteche, intitulada *Guerra de la Independencia* el que á su vez trascribe un párrafo de la memoria escrita por los oficiales de ingenieros Don Tomás Pascual Mau-poe y Don Gaspar Goicochea, testigos presenciales.

Acerca de las operaciones realizadas durante la

batalla reina tal confusión, y se han emitido tan distintas opiniones, que apenas si nos podemos formar aproximada idea de lo que allí ocurrió teniendo varios autores á la vista, siendo de todo punto imposible hallar acuerdo entre los hechos que describen. El parte mismo de la batalla dado por el general en jefe al presidente de la Junta de Sevilla, lejos de esclarecer los hechos, siembra la confusión en el ánimo al tratar de encontrar en él alguna luz respecto á la verdad de las cosas. Nosotros atribuimos algunas de sus contradicciones, á esas dudas que siempre surgen después de una batalla, cuando por la proximidad de ella, no ha sido posible todavía reunir los datos con que cuenta después el historiador para describirla. Así pues, nos hemos inspirado al narrar los acontecimientos principales en la obra citada del general Arteche, uno de los escritores que con mayores datos han tratado este asunto; y para aquellos sucesos explicados en otros autores de diversa manera, hemos admitido la hipótesis más aceptable, atendiendo á las circunstancias del momento. Dicho ésto, séanos permitido reanudar el relato de las operaciones que empezaban á desarrollarse en la vanguardia.

El brigadier Venegas, como indicamos al hablar del choque de las avanzadas, se vió en la necesidad de retirarse hacia la derecha de nuestra línea, consiguiendo separarse del camino desde los primeros momentos, protegido por las tinieblas de la noche. Desorientados los franceses ante aquella desaparición inesperada, corriéronse por su derecha, tropezando con las fuerzas que procedentes de nuestra izquierda

se dirigian hacia el Cerrajón y Haza-Walona, atacadas de pronto por caballería é infantería, enmedio de la copiosa nube de metralla arrojada por la artillería francesa.

Comprendiendo Coupigné la situación peligrosa de aquellos valientes, envió en su auxilio al brigadier Abadía al frente de una compañía de ingenieros, con cuyo refuerzo y la existencia de nuestra caballería, pudieron retirarse los Walonas y algunos cuerpos, quedando sólo un batallón, la compañía de ingenieros y unos 30 caballos, que tomaron posición de Haza-Walona, con frente á la carretera, para molestar la derecha francesa.

El general Chabert divisó nuestra línea, y convencido de su impotencia para luchar con ella, pidió refuerzos á Dupont, que ya avanzaba con el resto de la brigada. Deseoso Chabert, sin embargo, de medir sus armas con los españoles, hace salir sus tropas del desfiladero, emplaza la artillería á derecha é izquierda de la carretera, y rompe el fuego de cañón sobre nuestro centro. Las fuerzas de Coupigné situadas desde el combate anterior en las alturas de la derecha francesa, molestan con sus disparos á los batallones de la cuarta legión, formados en los flancos del camino, así como á la nube de tiradores que los franceses habían desplegado. Nuestra batería del centro contesta al fuego de los enemigos, y sus ciertos disparos hacen rodar en poco tiempo dos piezas. Quieren los tiradores desalojar de sus posiciones á nuestros zapadores, pero el plomo de éstos se lo impide, como asimismo á un batallón y al escuadrón que había acudido en su auxilio, los cuales hubieron

de resguardarse en la multitud de matas y arbustos que cubrían aquel terreno.

Mientras esto ocurría en la izquierda y centro, uno de los batallones del regimiento de Ordenes avanza protegido por las ondulaciones del terreno hasta cerca de la izquierda francesa, vióse de pronto empeñado en apurado trance con los cazadores de Dupré, que cual hambrienta jauría lanzáronse sobre él sedientos de venganza. Los españoles se defienden á bayonetazos resguardados con los troncos de los árboles, y aquella situación insostenible, logra al fin favorable desenlace por los fuegos de la compañía de Walonas situada á retaguardia, y el avance de algunos cuerpos de nuestra derecha. Chabert descontento del giro del combate que le es desfavorable en todos los puntos de la línea, concentra sus fuerzas en el desfiladero nuevamente, y se resigna á esperar el resto de la brigada.

Tal vez hubiese sido conveniente aprovechar aquel momento de entusiasmo en nuestras tropas y de desaliento en los franceses para efectuar un movimiento de avance y hacerse dueño de las alturas que por derecha é izquierda dominan la carretera, así como de los olivares que durante la batalla sirvieron de refugio al enemigo. De este modo, la brigada Chabert quedaba fácilmente derrotada, el ejército de Reding hubiérase aproximado al de Castaños, mientras la retaguardia quedaba defendida por los destacamentos próximos á Bailén, los cuales impedirían el paso á Vedel, dada la bondad de sus posiciones, en las que podría el ejército concentrarse caso de arreciar el peligro por aquella parte. Reding, sin embargo, temeroso sin duda de tomar la ofensiva por la índole de las

tropas, poco favorable para maniobrar, se limitó á reforzar aquellos puntos de su línea que juzgó más débiles, á fin de evitar una derrota. La batería de la izquierda fué asimismo aumentada con nuevas piezas, para cubrir el paso á la Carolina, por allí bastante fácil.

Dupont, no tardó en presentarse con el resto de al brigada en el sitio del combate, y en vez de esperar la llegada de sus tropas para dar con ellas un golpe decisivo á las nuestras, cuya situación y número ofrecían un obstáculo imponente á su marcha, despreció nuestra aptitud para la guerra, juzgó despreciables aquellas fuerzas ante sus talentos militares y la intrepidez de su gente acostumbrada á vencer, y decidió dar un nuevo ataque, proporcionando así á los nuestros excelente ocasión para debilitar poco á poco el espíritu de aquellos veteranos.

En su consecuencia, forma los batallones de la brigada al lado de los ya derrotados; coloca en el camino una batería de seis piezas protegida á la izquierda por dos batallones de la cuarta legión, á la derecha por otro de la misma y el del cuarto regimiento suizo, colocando á los cazadores de Dupré á retaguardia, protegidos por el olivar que servía de apoyo á la línea francesa. Rompe el fuego con sus cañones; pero nuestra batería del centro lo apaga instantáneamente, inutilizándolos para todo movimiento ofensivo, con lo cual queda la brigada Chabert reducida al fuego de su infantería, que sostiene medio oculta entre los olivares, hasta llegar en su auxilio dos regimientos de suizos y la artillería y caballería del ejército, quedando sólo á retaguardia la brigada Pannetier, encargada de disputar á Castaños el paso del Rumblar.

Dupont ante la presencia de aquellas tropas, dispone en su desesperación un nuevo ataque. La brigada Chabert con los suizos y la artillería del ejército, se dirige por la izquierda del camino sobre nuestra derecha. Los generales se ponen al frente de las columnas, los soldados se batien con inusitada bravura, la artillería hace esfuerzos sobrehumanos; todo es inútil: la batería del camino desmonta las piezas francesas en cuanto se presentan á su frente, destrozando los montajes; la infantería cubre el suelo de cadáveres, y las columnas á pesar de sus esfuerzos, no llegan á salvar la mitad de la distancia que las separa de nuestra línea.

Los coraceros de Privé reciben orden de envolver la izquierda española cuando las columnas de Chabert ejecutan el movimiento anterior; diríjense por su derecha, y desplegados en tiradores, única formación en que pueden salvar aquellas fragosidades, penetran por el Portillo de la Dehesa, para dirigirse por las faldas meridionales de Haza-Walona sobre nuestra izquierda; pero al desembocar en el terreno que dá frente á la posición ocupada por nuestras tropas, descubren á los zapadores y al destacamento de España situado á vanguardia, los que al verse acometidos por los coraceros, se refugian en el Cerrajón. Coupigné comprende el peligro y se decide á salvar el destacamento con los regimientos de Suizos, Jaén y una compañía de zapadores, siendo cargado por la caballería francesa en cuanto se presentó en el lugar del combate. Supremo es el momento, la ansiedad grandísima: las miradas del ejército se fijan en aquella parte de la línea; todo desaparece entre el humo de la

pólvora; ceden los nuestros al fin dejando en poder del enemigo una bandera; pero los provinciales de Bujalance, Cuenca y Trujillo conversando á la derecha para proteger la retirada de sus compañeros, oponen una muralla de aceradas bayonetas á la caballería francesa. Por entre las nubes de polvo y humo que envuelven nuestra izquierda, se ven como á través de horrible gasa los rostros descoloridos y descompuestos por la rábía de aquellos valientes, cuyo número aumenta sin cesar. La artillería atruena el espacio, los gritos y las imprecaciones de los que atacan, mézclanse con las voces y arengas de los jefes y oficiales; hasta que al fin, después de largo rato, las nubes de humo y polvo se disipan, los disparos cesan, el ruido del galopar de los caballos escúchase á lo lejos, el campo queda cubierto de cadáveres, la caballería se retira al centro y á la izquierda, y la confianza renace en nuestra línea.

Aprovechando Dupont las primeras ventajas alcanzadas por los coraceros de Privé en nuestra izquierda, prepara una de las columnas del centro para cargar sobre la batería del camino y recoger los laureles de aquella decisiva victoria. Reding percibe la columna, y lanza sobre ella 600 caballos de Farnesio y Borbón, que en su furiosa carrera la destrozan, y llegan hasta el olivar del centro, donde la formación se hace imposible, empezando entonces la retirada con orden. De repente caen sobre la nuestra fuertes masas de caballería ocultas en el olivar; confundidos franceses y españoles, atraviesan las posiciones del ejército y penetran en la batería de la derecha, que no puede hacer fuego ante aquella mezcla de soldados

de uno y otro bando. La lucha truécase entonces en homérico combate; los artilleros defienden las piezas con los escobillones y espeques; y tal obstinación demuestran en la defensa de sus puestos, con tal valor se baten, que al fin la infantería se rehace, Farnesio reúne sus escuadrones, y unos y otros logran salvar la batería de los coraceros, que al retirarse dejan el campo sembrado de hombres y caballos.

El cansancio de las tropas francesas y españolas había llegado á su colmo: tan rudos y frecuentes combates, el calor producido por el sol abrasador de aquel día, aumentado con el de las llamas de un campo á trechos cubierto de altos trigos secos, á trechos en rastrojo, que había sido incendiado, producía una sed abrasadora, comenzando aquella situación á ser insostenible. Las mujeres que acudían de Bailén con cántaros de agua, no daban abasto á tanta gente como deseaba beber, lo que hizo que desde el principio de la batalla fuese objeto de continuos ataques de una y otra parte, la noria situada en la huerta de D. Lázaro Medina, único punto donde los vencedores podían apagar su sed.

Reding empezaba á impacientarse al no ver aparecer en el campo las fuerzas de Castaños, en tanto que esperaba de un momento á otro la división Vedel, cuya presencia podía variar por completo el desenlace. Por otra parte, las alturas situadas á su derecha, hacíanle temer á cada instante un movimiento envolvente, y al tratar de evitarlo, podía poner á su línea en peligro de ser atravesada: decidióse pues á emprender un movimiento de flanco con la derecha, logrando con él asegurar aquellas alturas, aproximar-

se á Castaños, llamar la atención sobre la izquierda francesa, distraer al enemigo del centro, donde sus ataques se repetían sin cesar, y tal vez llegar al fin de aquel sangriento drama, cuyas consecuencias se ignoraban.

Puesta la derecha española en movimiento con mucha lentitud, por las precauciones con que era preciso maniobrar, así como por el fuego del batallón francés desplegado al frente de la izquierda enemiga, presentáronse á retaguardia de éste tres batallones que Dupont había hecho avanzar desde el río, donde sólo quedaban ya los marinos y un batallón de la brigada Pannetier. Las tropas de refuerzo rompieron el fuego sobre nuestra columna al coronar la altura del Zumacar chico: pero extenuadas de fatiga por la distancia recorrida precipitadamente, fueron rechazadas al tratar de apoderarse del Zumacar grande, merced á una brillante carga á la bayoneta del regimiento de Ordenes militares. Los franceses se retiran á su primera posición, limitándose á molestar desde allí á las fuerzas de nuestra derecha, cuando aparecen sobre el terreno de la acción los dragones franceses vencidos antes en nuestra izquierda, los cuales habían venido por retaguardia á proteger aquella parte de su línea, cargan decididamente á pesar de lo quebrado del terreno, y la infantería española después de aguantar varias veces el empuje de los caballos, emprende la retirada á la primera posición, como asimismo los franceses, obligados por el fuego de una sección de artillería que produjo en ellos considerables bajas.

Dupont intenta un nuevo esfuerzo: hace circular la

noticia de la llegada de Vedel, y con ella consigue reunir á sus dispersas huestes. Colócanse al frente de las columnas los generales, y Dupont mostrando á los suyos la bandera conquistada por los coraceros, los alienta al combate con el grito mágico de «¡Viva el Emperador!» Los soldados recobran su decantada bravura; el ataque es general en toda la línea; la artillería, la infantería, la caballería, todos en fin, parecen disputarse el primer puesto; ¡empresa inútil! nuestra artillería lanza á torrentes la metralla; las cargas de la caballería francesa son rechazadas por nuestra infantería, que como dice Thiers, parece un muro impenetrable de bronce; Dupré cae muerto entre un montón de soldados, y toda aquella masa tan animosa y decidida, retrocede á sus primeras posiciones sin fuerzas ni alientos para seguir luchando.

No era el general francés hombre que se amoldaba fácilmente á la idea de no abrirse paso por entre nuestras tropas, é intentando el último esfuerzo, hace avanzar á los 500 marinos, y forma con ellos una columna que juzga capaz de introducir en nuestro centro. Recorre la línea, alienta á los soldados con su palabra encaminada á despertar en ellos la emulación; exige el último esfuerzo, y ordena á la poca artillería que le queda, ayude con sus fuegos. Los marinos avanzan por la carretera con el arma al brazo, cual si se hallasen en un campo de instrucción; los azules uniformes y las altas gorras de pelo, les dan un aspecto verdaderamente imponente; á su cabeza marcha un general de elevada estatura, con el rostro desfiurado por la ira, la garganta y seno destrozados; su nervudo brazo dirige la espada á la boca de los cañones, y de

vez en cuando lanza el grito de «*En avant!*» Es Dupont, que semejante á la imagen de la desesperación, iba á buscar en aquellos cañones la sepultura de su honra militar manchada. De repente surge de nuestra línea horrible llamarada, los marinos caen envueltos en densa nube de humo, pero los anchos claros que dejan al caer los de las primeras filas, llénanse en seguida con el mayor orden por los de las inmediatas; el fuego continúa en una y otra parte; y próximos ya á nuestros cañones, abrasados casi por su fuego vacilan, retroceden, y, por último, decláranse en precipitada fuga. El ruido de la fusilería cesa poco á poco, y, por fin, sólo se escucha en la izquierda francesa algún disparo de las fuerzas de Mourgeón; después . . . nada: la batalla había terminado, y la victoria más completa coronaba los supremos esfuerzos de nuestras tropas.

Dupont quiso intentar un nuevo esfuerzo; pero desistió ante el desaliento de sus tropas, y las noticias recibidas de que las fuerzas de Castaños se aproximaban. Dispuesto pues á capitular, envió á su ayudante Mr. de Villantreys á solicitar del general Reding una suspensión de hostilidades, quien contestó que sólo podía concederla el tiempo necesario para arreglar con Castaños las bases de la capitulación, con la condición de comprender también en el convenio á las divisiones Vedel y Dufour.

Apenas se había ausentado Villantreys del campo español, cuando se oyeron por el lado del Rumblar cuatro cañonazos disparados por orden de Lapeña para dar aviso á Reding de su presencia.

Habían permanecido los nuestros en los Visos sin

notar la retirada de Dupont, emprendida cautelosamente en la noche del 18. Al amanecer del siguiente día, se presentaron en la tienda de Castaños dos paisanos de Andújar á darle cuenta de lo ocurrido, y cerciorado el general en jefe de la veracidad de sus palabras, dispuso inmediatamente su marcha. Obstruido el puente con pesados cuerpos, hubo de invertir hasta las ocho de la mañana para facilitar el paso de las tropas, hora en que penetraban los nuestros en Andújar. Inmediatamente continuó la marcha el general Lapeña al frente de unos 6.000 infantes, 800 caballos y 12 piezas, con orden de atacar á Dupont, si lo encontraba batiéndose con nuestros generales. Marchando con todas las precauciones exigidas por el nutrido fuego que aumentaba con la disminución de la distancia, llegaron al punto donde dispararon los cañonazos de que hemos hablado anteriormente.

Castaños permaneció en Andújar, según parece, para tomar distancia con la columna anterior, francamente, no nos explicamos las causas que influyeron en su ánimo para no ordenar el pronto avance de Jones mientras que él poniéndose al frente de las fuerzas de Lapeña se trasladaba presuroso al campo de batalla. Si Vedel y Dufour, como era de temer, se presentaban, la situación de los nuestros podía ser tan comprometida, que tal vez las fuerzas de Lapeña no bastaran para inclinar la balanza de la fortuna en nuestro favor. Felizmente nada de esto ocurrió, y la entereza de Reding, secundado brillantemente en sus acertadas disposiciones por cuantos componían el ejército sin distinción de armas ni clases, aseguraron una victoria que afianzaba por entonces la independencia de España.

Lapeña situó sus tropas á la derecha del Rumblar prontas á emprender el ataque á la más pequeña demostración de los franceses, pues por los parlamentarios que de este ejército salieron á recibirle, tenía ya conocimiento de la suspensión de hostilidades.

Vedel había recibido el 18 instrucciones de Dupont para asegurar las comunicaciones por Linares, Santa Elena, Baeza y la Carolina, y volver después sobre Bailén. Comprendiendo al llegar al último de los puntos citados, que Dufour se había movido en virtud de una noticia falsa, y obligado además por la escasez de provisiones, decidió esperar á su compañero para emprender ambos la marcha. La división Dufour llegó de una á dos de la mañana, mas á pesar de haberse escuchado el estampido del cañón poco después, se difirió la marcha hasta las cinco, empleando seis horas en recorrer el trayecto de 14 km. que separan á la Carolina de Guarromán, donde llegó cerca de las once, no obstante aumentar cada vez más el ruido de la batalla, que no podía en rigor confundirse con un tiroteo de avanzadas. Pero aun así y todo, no debió Vedel escuchar con indiferencia aquellos disparos, pues las fuerzas de donde procedían, podían ser muy bien las de Reding y Coupigné que se dirigiesen á Bailén. En Guarromán dió un descanso á sus tropas para hacer los ranchos, confiando en que el fuego había cesado; y á las dos se puso nuevamente en movimiento, llegando á las cinco ante las avanzadas españolas, dándose entonces cuenta de lo ocurrido.

Al tener Reding conocimiento de que las tropas de Vedel se aproximaban, envió como parlamentarios á dos oficiales, para darle cuenta del estado de las ne-

gociaciones, los cuales fueron recibidos ostensiblemente por el enemigo, que después se negó á dar crédito á sus palabras. Invitáronle los nuestros á enviar uno de sus ayudantes al cuartel general de Reding donde podrían sus compañeros enterarlo de la exactitud de sus palabras. Vedel le dió el encargo de decir á Reding, caso de no ser cierto cuanto se le manifestaba, que se retirase á Menjíbar, so pena de atacarle inmediatamente.

Resentido nuestro general por la desconfianza del ayudante, le ordenó pasar al campo francés, para que por el estado de sus compatriotas, juzgase de la realidad de las cosas.

Este incidente retrasó el regreso del oficial más del tiempo señalado y en su consecuencia, dispuso Vedel las fuerzas en dos columnas, y ordenó el ataque de nuestras posiciones de retaguardia. Los del cerro del Ahorcado, que tenían orden de no hacer fuego á los franceses, en vista de la suspensión de hostilidades, permanecieron inactivos y quedaron prisioneros, salvándose sólo la caballería de Montesa que pudo retirarse á retaguardia de la línea. Escarmentados los de San Cristóbal con lo que acababan de presenciar, y reforzados con el regimiento de Ordenes y los granaderos de Jaén, se dispusieron á la defensa. No bien se presentó el primer batallón francés en la altura donde se hallaban cuando el primero de los citados cuerpos cargando á la bayoneta les obliga á retroceder, como asimismo al batallón que quiso acudir en auxilio del primero. Disponíase ya el resto de la fuerza á emprender un ataque decisivo, cuando se presentó un ayudante de Dupont con orden de suspender las operacio-

nes, la cual le había sido arrancada por Reding, ante la amenaza de pasar á cuchillo la división de Barbou completamente cercada por sus fuerzas y las de Lapeña.

Castaños continuaba ausente del campo de batalla, entorpeciendo así la marcha de las negociaciones, hasta el punto de haber podido tener un desenlace funesto aquella gloriosísima jornada. En efecto, el 20 dió Dupont orden á Vedel, instigado por Reding, para entregar los despojos inicuamente conquistados el día anterior; pero al mismo tiempo le ordenó de palabra no obedecer. Contestóle Vedel asegurándole, el cumplimiento de su orden, é invitándole para atacar ambos al enemigo al siguiente día, á una señal convenida. Animaron mucho algunos generales á Dupont para que así procediese; pero éste, ante el estado de abatimiento de sus soldados, sólo accedió á consentir la retirada de Vedel, que en efecto, emprendió inmediatamente.

Reding, desconfiando ya de la buena fé de los franceses, ante la resistencia de Vedel á entregar los prisioneros, amenazaba cada vez más con la destrucción de la división Barbou; y Lapeña y Castaños, se negaban á toda negociación que no tuviese por objeto la rendición de los franceses.

Después de discusiones sin cuento y de haber tenido que retroceder la división Vedel, por orden de Dupont y por las precauciones tomadas para impedirle el paso de la sierra, se concluyeron las capitulaciones, que fueron aprobadas por Dupont, y firmadas el 22 por Chabert, encargado con plenos poderes, y por el general Marescot como testigo.

Dice Thiers, que al presentarle á Dupont la capitulación para firmarla, no hacía más que golpearse la frente, y después arrojaba la pluma léjos de sí. Mucho nos compadece la situación de aquel veterano que después de haber expuesto su vida en cien combates por la gloria del Imperio, quiso su fatal destino que viniese á sepultar sus victorias en los campos de Bailén. Compadécenos tanto más, al verle haciendo esfuerzos sobrehumanos para salvar su gente; que si no estuvo en sus disposiciones acertado, en cambio luchó con sobrado valor, en los diversos períodos de la batalla.

Bien hubiera deseado él seguir luchando; pero ¿qué había de hacer con oficiales y soldados extenuados por el hambre y el cansancio? Es verdad que á los nuestros les ocurría otro tanto, pero ¿no eran acaso españoles para soportar con resignación las privaciones y sobreponerse á todo?

Napoleón al saber la capitulación, quiso fusilar á todos los que habían tomado parte en ella; pero aplacada su furia con las observaciones del juicioso Cambaceres, los sometió al juicio de un consejo de guerra que los sentenció á ser degradados de sus empleos y honores.

Más adelante, hablando con Savary en Tolosa, acerca de aquella capitulación, le decía: «Más hubiera querido saber su muerte que su deshonra. No me explico tan indigna cobardía sino por el temor de comprometer lo que habían robado».

Comprendemos el justo resentimiento de Francia con un general que había dirigido las operaciones con poco acierto y menos suerte; pero ¿acaso la táctica

y las combinaciones de los nuestros eran tan poco apropiadas á las circunstancias, que no pusieran á cualquiera en el caso de cometer una torpeza? ¿No disculpaban á Dupont el valor demostrado durante la batalla y los grandes servicios que en épocas anteriores había prestado á su patria? Indudablemente Francia, como siempre que ha sufrido una derrota, necesitaba una víctima á quien atribuir la causa de sus desgracias, y ésta la halló en la época presente, en el general Dupont, en el héroe de Albeck, del Halle y de Frieland.

Las tropas que habían tomado parte en la batalla, según lo estipulado en la capitulación, quedaban prisioneras de guerra, y las de Vedel evacuarían Andalucía, debiendo ser conducidas para ello al puerto de Rota, para trasladarlas desde allí al de Rochefort en Francia.

Ocho mil doscientos cuarenta y dos hombres rindieron el 23 sus armas después de desfilarse por delante de las divisiones de Jones y Lapeña formadas junto á la venta del Rumblar, á lo largo de la carretera; y 9.393 de las divisiones Vedel y Gobert, 40 piezas y la caballería, retrocedieron á Bailén y formaron pabellones con sus armas, que entregaron al siguiente día á las divisiones primera y segunda, únicas que habían tomado parte en la batalla.

Cerca de 2.000 franceses quedaron en el campo, siendo nuestras bajas de 243 muertos y más de 700 heridos.

Las divisiones de Barbou y Fressia emprendieron inmediatamente la marcha, llegando al puerto de Santa María después de sufrir los prisioneros todo

género de vejaciones en el camino, á pesar de los esfuerzos que para evitarlas desplegó el jefe del convoy. Las mismas autoridades militares del último punto se negaron al embarque de los franceses, so pretexto primero de que no había suficientes buques, y asegurando después que no debía observarse fidelidad en el cumplimiento de los tratados, con una gente que se había apoderado traidoramente del reino. La junta de Sevilla se conformó con la opinión del Gobernador de Cádiz, y las tropas de Vedel y Dupont fueron encerradas en las fortalezas y pontones de la bahía, y después de una penosa cautividad, entregadas como prisioneras á merced del gobierno inglés.

Sobre la importancia de la batalla de Bailén, he aquí lo que dice el general Foy: «No había en el imperio un general de división más altamente reputado que Dupont. La opinión del ejército, de acuerdo con la estimación del soberano, le llevaba al primer grado de la milicia; y cuando partió para Andalucía, nadie dudaba que iba á encontrar en Cadiz su bastón de mariscal. . . .»—Y más adelante: «Cuando Napoleón supo el desastre de Bailén. . . . derramó lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas, sobre el honor de las armas francesas ultrajadas. Aquella virginidad de gloria que él juzgaba inseparable de la bandera tricolor se había perdido para siempre, había desaparecido el encanto; los invencibles habían sido vencidos, puestos bajo el yugo, ¿y por quién. . . .? por los que en la política de Napoleón eran considerados y tratados como pelotones de proletarios insurrectos. Su golpe de vista exacto y rápido penetró en lo porvenir. Por la capitulación de Andújar, la

»Junta, que no era antes sino un comité de insurgen-
»tes, vino á hacerse un Gobierno regular, un poder.
»España debió aparecer de repente altiva, noble, apa-
»sionada, poderosa, tal como había sido en sus tiem-
»pos heróicos. La imaginación borraba de las páginas
»de la historia los recuerdos descoloridos de los últi-
»mos reyes austriacos y de los Borbones, y enlazaba
»y confundía los triunfos de Pavía y las palmas de
»Bailén. ¡Qué fuerzas y que poderío iban á ser nece-
»sarios para domar una nación que acababa de cono-
»cer lo que valía....! ¡Y qué efecto en las demás nacio-
»nes! Inglaterra deliró de gozo: Europa oprimida se
»volvió hacia España, y todos los pueblos fijaron sus
»miradas en el punto de donde saltaba de una manera
»tan imprevista un destello de luz que había de alum-
»brar al mundo.»

Apenas llegó á Madrid la noticia del desastre de Bailén, que empezó á circular como vago rumor, reunióse un consejo de generales y personas notables, que acordaron abandonar la capital y retirarse al Ebro desde donde pedirían refuerzos á Napoleón, ordenando á Bessieres y á Moncey que se dirigiesen con sus fuerzas hacia aquella parte.

La corte de José emprendió, en efecto, su marcha sin que se le dirigiese ningún apóstrofe á su salida, pero en medio de la alegría del pueblo al ver alejarse á los franceses. El ejército retrogradó lentamente, cometiendo tales excesos en los pueblos del tránsito, que llegaron á espantar al mismo José, quien al tratar de impedirlos, hirió la susceptibilidad de sus soldados, resentidos por el interés que demostraba hacia los españoles. El rey y los suyos se retiraron á

Miranda, no juzgándose seguros hasta hallarse en dicho punto, resguardados por el Ebro y por las fuerzas de Madrid, y Bessieres y las del general Verdier, que recibió también orden de levantar el sitio de Zaragoza y dirigirse á Navarra.

El éxito de la batalla de Bailén, se debe sin duda alguna á la mala organización de la columna Dupont al presentarse en el Rumblar, al empeño de no esperar á reunir sus tropas para empezar con ellas el ataque en regla de nuestras posiciones; á la tardanza de Vedel en acudir al cañón; á las acertadas combinaciones estratégicas de Castaños, con las que consiguió dividir al enemigo, y á la inalterable serenidad y acertadas disposiciones del general Reding como asimismo á á los generales, jefes, oficiales, soldados, voluntarios, y españoles todos, que cada cual en su esfera de acción, empleó cuantos medios estuvieron á su alcance para salvar á la patria del inminente peligro que la amenazaba.

¡Llor al brillante ejército de Andalucía, que sobreponiéndose á todos los peligros y privaciones y haciéndose superior á todas las esperanzas concebidas, arrojó á los franceses al otro lado del Ebro, los expulsó de los arrabales de Zaragoza, y libró á España del estado de abyección en que yacía!

